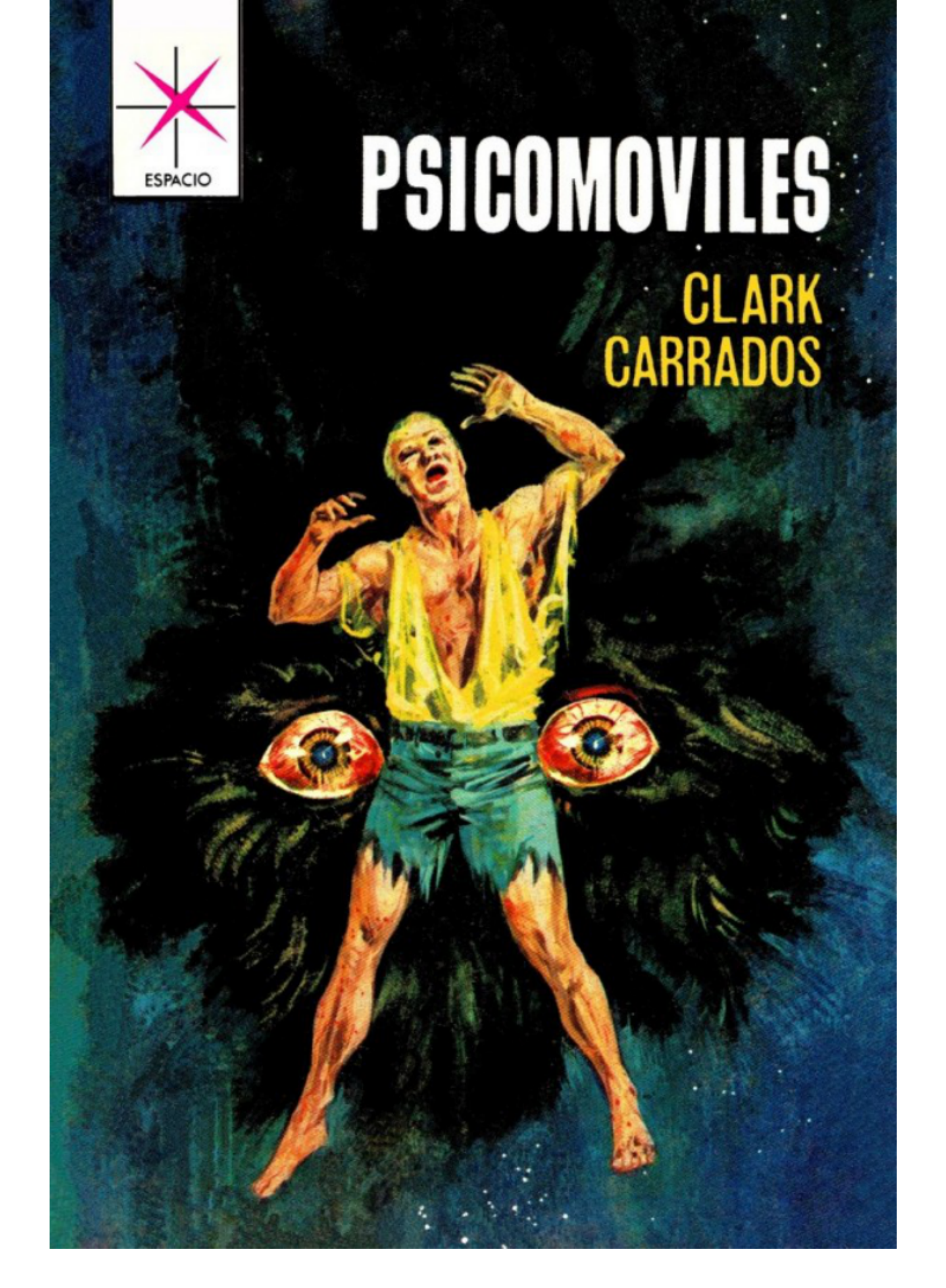

ESPACIO
PSICOMOVILES
CLARK
CARRADOS

CLARK CARRADOS

PSICOMÓVILES

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

PORTADA: LÓPEZ ESPÍ

Primera edición: mayo 1972

Depósito Legal: B. 13149 - 1972

Printed in Spain - impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

— Hubo un tiempo, aunque a mis distinguidos alumnos les parezca mentira, que el hombre no podía desplazarse a mayor velocidad que la de la luz.

Sonaron algunas risitas:

— ¡Qué barbaridad!

— Aquellas gentes vivían en un atraso inconcebible.

— ¿Y eran capaces de llamarse a sí mismos seres humanos?

El profesor Kivnor 6-5-0 hizo centellear vivamente una lámpara verdosa, a fin de que sus discípulos guardaran la debida compostura. En realidad, fueron unas seiscientas lámparas las que centellearon al mismo tiempo.

— Como decía — siguió diciendo Kivnor a sus poco más o menos seiscientos "telealumnos" —, hubo una época en que los humanos no viajaban a velocidades superiores a la de la luz. Incluso alcanzar cifras próximas a esta velocidad les costó un larguísimo tiempo, jalonado de ensayos y fracasos que hoy nos parecerían ridículos a nosotros.

Kivnor se detuvo un instante para contemplar el efecto de sus palabras en los alumnos que tenía ante sí en la pantalla de "ojo de insecto". Era una gigantesca pared circular, con seiscientas pantallas exagonales, cada una de las cuales correspondía a uno de sus alumnos.

Los alumnos, a su vez, veían y escuchaban a su profesor en su propia pantalla. Era, simplemente, una aplicación del teléfono con televisión.

— No haré historia, porque ustedes ya la conocen, de los sucesivos medios de locomoción empleados desde el invento de la rueda, por ser ya demasiados conocidos de todos. ¿Para qué hablar de aquellos horribles tiempos de oscuridad científica en que los más

osados de los humanos apenas si llegaban a alcanzar velocidades de dos o tres mil kilómetros por hora?

Seiscientas muecas de horror y lástima aparecieron en otros tantos rostros humanos de ambos sexos. Complacido del efecto de sus palabras, Kivnor continuó:

— Hubo cierto famoso físico y matemático, muy célebre en su tiempo, pero del que hoy sólo los más especializados guardan memoria, un tal Eine... Aurnes...

Una lamparita amarilla centelleó sobre una de las celdillas visuales. Kivnor dirigió hacia allí su mirada y sonrió con benevolencia.

— Diga, alumno Ophud 7-7-B.

— Einstein, Albert Einstein, profesor.

— Ah, sí, mil gracias. Einstein, en efecto. — Kivnor soltó una risita—. Estos nombres antiguos... En cuanto pasan de cinco o seis siglos, se me enreda la lengua. Pero volviendo a lo que hablábamos; aquel insigne tonto de Einstein llegó, después de numerosos años de estudios y cálculos, a la conclusión de que en el Universo no había velocidades superiores a la de la luz.

La clase entera estalló en una carcajada.

— ¡Qué retrógrado!

— ¿Y a ese indocumentado le llamaban científico en su época?

— ¿No había entonces una Policía espacial contra esa clase de seres que así engañaban a sus semejantes?

— Por favor — dijo Kivnor —, estamos en una clase de Psicohistoria y no en la de Humorismo. Einstein, y muchos de sus colegas, seguidores suyos, por supuesto, aseguraban como axioma irrefutable — en realidad, todos los axiomas lo son —, que si un ser o un objeto inanimado alcanzase la velocidad de la luz, se convertiría en energía pura. Pero ¿cómo podían afirmar tal cosa, si ninguno de ellos lo había experimentado?

"Ninguno de esos científicos, Einstein a la cabeza, reparó en que podía haber ciertos motores para los vehículos humanos, unos motores que proporcionarían a los medios de transporte cualquier velocidad deseada. Cuando pensaban en motores, lo hacían solamente bajo el aspecto puramente mecánico. A ninguno de ellos se le ocurrió pensar en que podía haber motores movidos por otra clase de energía, totalmente distinta y aún opuesta a las

convencionales: combustibles sólidos, líquidos o gaseosos o bien electricidad. Nadie, nadie, en aquellas épocas de oscuridad científica, reparó en el más poderoso "combustible" que existía. Y digo combustible por nombrarlo de alguna manera, ya que, al ser algo inmaterial, no se le puede calificar de cuerpo físico en uno de sus estados: sólido, líquido o gaseoso...

El profesor Kivnor se interrumpió. En su pantalla quedaban un par de celdillas apagadas. Una de ellas acababa de encenderse.

Kivnor contempló un hermoso rostro femenino, enmarcado por una larga cabellera oscura. Era una alumna nueva.

— Perdón profesor — dijo la chica—. Lamento llegar tarde a clase, pero es mi primer día...

— No tiene importancia — dijo el benévolo Kivnor—. ¿Su nombre?

— Carylia 0-0-A, profesor.

— ¡Ah! —declaró Kivnor con acento de profundo respeto —. Bien venida a mi clase, Carylia.

— Gracias profesor. Una vez más, le ruego dispense mi tardanza en la conexión.

— No tiene que disculparse, Carylia. Sólo deseo que mis pobres enseñanzas le sirvan de algo y un día llegue a recibir el grado correspondiente.

La muchacha hizo un leve gesto. Kivnor le dirigió una sonrisa animadora y luego continuó:

— Como decía, ninguno de aquellos científicos reparó en el más poderoso combustible que ha existido jamás desde la creación del mundo, el mismo combustible que hoy nos permite los viajes a los más remotos rincones de nuestra galaxia, el combustible que ha evitado los vehículos individuales... el combustible que, en fin, ha hecho de nuestro planeta, de nuestro amado Terrex, el más poderoso y civilizado y benéfico de cuantos planetas habitados hay en nuestra galaxia. Y al decir combustible, empleo, con inadecuada deliberación, una palabra que defina lo que de ningún modo puede llamarse sustancia, porque es algo incorpóreo y consustancial con cada uno de nosotros. Me refiero, ustedes ya lo habrán adivinado, a la mente humana.

Kivnor hizo una corta pausa, a la vez que emitía una ligera sonrisa.

— Por hoy, la clase ha terminado, amigos míos. Mañana, a la misma hora, continuaremos hablando del tema. La historia de los psicomóviles es, créanme todos, realmente fascinante. Buenos días.

Seiscientos "buenos días" salieron al mismo tiempo por otros tantos altoparlantes. Kivnor presionó un botón y la pantalla "ojo de insecto" se apagó.

El profesor Kivnor tenía una cita. Era un hombre todavía joven y moderadamente amigo de ciertas diversiones. Esta vez iba a ser alumno en una clase de amor que le iba a dar determinada dama de gran belleza. A Kivnor le hubiese desagradado enormemente llegar tarde a clase.

El profesor Kivnor se puso su psicomóvil y partió en el acto. Un segundo después, avanzaba, los brazos abiertos, hacia su hermosa profesora de amor.

— Tu mejor alumno llega a clase, bella Lilya — dijo. Ella se dejó abrazar.

— En tal caso, empecemos la lección, querido — propuso.

* * *

Tudnon Fwoos, Primer Pentarca de Coar-U, se paseaba nerviosamente por la sala de reuniones. Había allí cinco hombres más: los otros cuatro Pentarcas, sentados cada uno en un sillón, y otro, en un rincón de la sala, escuchaban silenciosamente lo que allí se hablaba.

En realidad, era casi un monólogo. Los demás Pentarcas apenas si hacían otra cosa que asentir a lo que decía el Número Uno.

— En resumen, la situación es la ya descrita — dijo Fwoos después de unos segundos de pausa —. En cualquier momento, Terrex puede lanzarse sobre nosotros y, si eso sucede así, Coar-U dejará de ser independiente.

— Ellos, los terrexitas, sólo tratan de imponernos su forma de vida...

Fwoos atajó al Tercer Pentarca, que era quien acababa de hablar:

— Amigo Lern, no he visto todavía que un país o planeta arrebate la independencia al otro sólo para imponerle su sistema de vida — dijo rudamente. No hay en la historia de la Humanidad,

desde que ésta empezó en el viejo mundo llamado Tierra, un solo ejemplo de conquistador que se haya limitado a imponer su sistema político, sin pedir nada a cambio. En realidad, la conquista, motivada aparentemente por el deseo de imponer formas de vida o sistemas políticos, oculta siempre, entendedlo bien, el ansia de apoderarse de las riquezas del país conquistado. Estudiad la historia terrestre, la del Sistema Solar, la Estelar, la Intergaláctica... y veréis como no hay una sola excepción en esta regla.

"Es claro que el conquistador impone siempre sus sistemas políticos. Es la mejor forma de llevar a cabo sus proyectos de rapiña y depredación, de despojar al planeta conquistado de sus riquezas, a cambio de unas migajas de filosofía, envueltas en un brillante ropaje retórico y unos cuantos adelantos científicos, pagados millones de veces su valor, con el importe de las riquezas expoliadas. Esto es lo que sucederá en Coar-U si no luchamos para impedirlo. Y les demostramos, además, que no cejaremos nunca en nuestra lucha por la independencia.

— Hombre — dijo el Cuarto Pentarca—, bien mirado, el sistema de vida de Terrex no es malo. Yo he estado allí unas cuantas veces y se vive maravillosamente. Todo es gratuito... y no hay delitos de ninguna clase. ¿Qué más se podría pedir?

—Para ellos, nada, evidentemente — admitió Foos—. Un sistema de vida magnífico, pero ¿se le ha ocurrido a usted profundizar en ese sistema?

— ¿Qué es lo que quiere decir, Fwoos?

— Simplemente, si se ha molestado usted en conocer la organización política del sistema terrexita. Es cierto; todo allí es gratuito, absolutamente gratuito, y no se cometen crímenes. Pero ¿a costa de qué se mantiene ese sistema políticosocial?

— No lo sé — confesó el Cuarto Pentarca —. La verdad, nunca se me ha ocurrido profundizar demasiado en el tema. Envidio a los terrexitas, es cierto; han conseguido un modo de vida realmente envidiable, aunque les reproche sus ideas expansionistas, pero jamás entré en el fondo...

— Yo tengo aquí quien les explicará algo sobre el particular — dijo Fwoos sonriendo —. Amigos míos, me es muy grato presentarle a un buen colaborador de la Pentarquía: Shadoo Arv.

El hombre que estaba sentado en un rincón se puso en pie y

movió la cabeza en una ligera inclinación.
— Su humilde servidor, caballeros — dijo.

CAPÍTULO II

Cinco pares de ojos se clavaron en la figura de Shadoo Arv, un hombre que aparentaba unos treinta y cinco años de edad, más de un metro noventa de estatura, noventa y pico de kilos de peso y cuerpo musculado, que no excluía la apostura física. Tenía el pelo ligeramente claro y los ojos grises. Su vestimenta era sencilla: blusa holgada, con ancho cinturón, y pantalones cortos, con botas blandas de media caña.

En una banqueta cercana estaban su gorrillo en forma de casco, adornado con dos plumas de vivos colores, y sus guantes de manopla. La apariencia de Shadoo impresionó favorablemente a los Pentarcas.

— Acércate, Shadoo — invitó Fwoos —. Siéntate con nosotros.

Los Pentarcas de Coar-U no eran remilgados en el ceremonial, al menos en las reuniones informales, y aceptaron que el joven se sentara con ellos. Fwoo llenó seis copas y las repartió sobre la mesa.

— Bien, Shadoo, explícales cómo se vive en Terrex; mejor dicho, por qué se vive como se vive — invitó Fwoos.

— Es muy sencillo — dijo Shadoo, después de su primer sorbo de vino —. Espero que los presentes conozcan la historia de una nación llamada Grecia, que existió en la antigua Tierra, hará unos cuatro mil años. Sus habitantes eran cultos, refinados, amables, pacíficos, prestos siempre al diálogo y no digamos a la diversión y a los placeres; una maravillosa civilización, un magnífico sistema de vida... basado en la esclavitud. Atenas era la capital de Grecia, un emporio de riquezas, arte y civilización, a costa de cientos de miles de infelices esclavos, que desempeñaban los trabajos más duros y serviles, por no decir prácticamente todos, lo cual permitía la existencia feliz y sin preocupaciones de los atenienses.

— ¡Pero, Shadoo, no irás a decirnos que en Terrex existe la

esclavitud! — dijo asombrado el Segundo Pentarca.

— Oh, claro que no, no existe la esclavitud. Las máquinas hacen todos los trabajos. Pero ¿quién se cuida del orden público y quién realiza las invasiones en nombre de los terrexitas? ¿Quién, en suma, permite que los terrexitas vivan una existencia cómoda, feliz y holgada, sin ninguna preocupación?

El Segundo Pentarca frunció el ceño.

— Es cierto — convino —. Los guerreros de Yiffon+B.

— Exacto — corroboró Shadoo sin pestañear —. Los guerreros de Yiffon+B. Teóricamente, son hombres que guerrean por una soldada; en la realidad, son los que procuran esclavos a Terrex. Los yiffonitas que atacan e invaden a los otros planetas y los someten al yugo de los terrexitas; y si algún planeta sometido osa luego independizarse, los yiffonitas son quienes ejecutan las operaciones de castigo. Los terrexitas, por supuesto, no se molestan en mancharse las manos de sangre. Esto queda para los yiffonitas, sus sicarios y, cuando llega el caso, asesinos.

— Entonces, nosotros tendríamos que pelear contra los yiffonitas — dijo el Quinto Pentarca.

— Si Terrex decide invadirnos, así sucedería. Ahora bien, deben saber una cosa: los yiffonitas son implacables. Cuando atacan, no dan cuartel. Primero intimidan: si la amenaza es rechazada, atacan devastadoramente.

— Con todo género de armas, opino.

— Excepto las contaminantes, porque, es lógico, a Terrex no le interesa ocupar un planeta contaminado. Podríamos llamar armas físicas: explosiones, sismos provocados, tormentas igualmente provocadas, incluso pequeños y breves cambios de clima, súbitos y repentinos, en una determinada zona... y, naturalmente, no podían faltar, para cortas distancias y enemigos individuales o en pequeño número, armas contundentes: tanto las llamadas espadas, lanzas y arcos y flechas, como las que lanzan proyectiles sólidos por medio de la repentina deflagración de una sustancia explosiva.

— ¡Fusiles, cañones y ametralladoras! — dijo, horrorizado, el Tercer Pentarca.

— Así es — confirmó Shadoo sin pestañear.

— ¿Y no hay medio de evitar la invasión?

— Formar un ejército es cosa que costaría mucho en Coar-U —

contestó Shadoo—. Por fortuna para nosotros, llevamos muchos siglos viviendo pacíficamente, sólo con leves alteraciones individuales del orden, resueltas sin dificultad por nuestra Policía: algún robo, algún asesinato... pero no conflictos de mayor volumen en cuanto al número de personas implicadas en ellos. Habría que idear otro medio para hacer fracasar la invasión.

Orlno, Quinto Pentarca, fijó la vista en Fwoos.

— Sospecho que ya ha dado usted con ese método — dijo.

— Sí — convino Fwoos lacónicamente.

— ¿Cuál es, por favor?

— Infiltración de un agente en Terrex para averiguar los planes de invasión.

— ¡Espionaje!

Fwoos miró tranquilamente al horrorizado Pentarca.

— ¿Le asusta la palabra? — preguntó.

— Es... es...—Orlno no sabía qué calificativo emplear—. Nunca se había hecho una cosa semejante, Fwoos — añadió en tono lastimero:

— Orlno, aquí se trata de solucionar una disyuntiva, encontrar un remedio contra lo que parece inevitable. Sólo tenemos dos caminos: la independencia o la esclavitud. Y si los terrexitas nos subyugan, todo lo que hay de bueno en Coar-U pasará a sus manos, sin contar con la pérdida de vidas humanas. ¿Cómo cree usted que conocemos las posibilidades de invasión, si no es por medio del espionaje?

Orlno asintió, convencido.

— Sí, claro, si no hay otro remedio... Pero, ¿quién se encargará...?

— ¡Yo! —dijo Shadoo.

— Bien, pero ¿cuál es su plan para evitar la invasión?

— No tengo ninguno de momento, a decir verdad — respondió el joven —. Lo primero que debo hacer es reunir información y eso sólo lo conseguiré sobre el terreno. Después... El arma principal de los terrexitas no son, sin embargo sus esclavos-guerreros, sino un aparato que les permite trasladarse instantáneamente a cualquier distancia.

— El psicomóvil — adivinó Uu-Tsi, Cuarto Pentarca.

— Exactamente. Debo conseguir un psicomóvil, porque es el

vehículo que, a no dudar, emplearían las fuerzas de invasión en su ataque. Estudiando ese aparato, de uso exclusivo entre los terrexitas y sus guerreros, creo que conseguiríamos dar un paso muy notable en el contraataque que pondría fin radicalmente a las veleidades expansionistas de los terrexitas.

— Así pues, ¿se aprueba mi plan, amigos?—preguntó Fwoos.

Cuatro cabezas se movieron afirmativamente. Sólo Uu-Tai formuló una objeción:

—¿Qué pasaría si el plan resultase un fracaso? — quiso saber.

— Si yo fracaso, no volveré aquí para informarles, porque habré muerto — aseguró Shadoo dramáticamente.

Fwoos y Shadoo quedaron solos a los pocos momentos. La mano, del Primer Pentarca se posó en el hombro del joven.

— Procura no fracasar, porque de ti depende la supervivencia de Coar-U como planeta libre — dijo, conmovido—. Pero, en último caso, vuelve con vida, hijo mío.

Shadoo esbozó una sonrisa.

— Volveré, padre — contestó.

* * *

La moneda que se usaba en Coar-U era el crédito. Como empleado de la Pentarquía, Shadoo tenía un sueldo de cinco mil créditos al mes.

Al salir del "sanctasanctórum" donde los Pentarcas celebraban sus reuniones privadas, Shadoo subió a su gravimóvil y se dirigió hacia el centro de la capital. Buscó un lugar donde estacionar el aparato y luego se dirigió a una tienda, donde compró algunas prendas de ropa. Vestía con demasiada sencillez, estimaba; un poco de lujo en la indumentaria no le sentaría mal.

Sin embargo, el lujo estribaba más en la calidad del tejido que en la hechura del traje. Asimismo, las dos plumas de su casquete aparecían sujetas por un broche de oro con rubíes y esmeraldas.

Luego adquirió, en una tienda distinta, otros objetos que podían ser guardados fácilmente en el interior de su ancho cinturón de cuero. Estuvo a punto de comprarse una espada, pero lo dejó en un puñalito de adorno. El mango del puñal, sin embargo, podía disparar un proyectil capaz de matar a un hombre a veinte pasos de

distancia, independientemente de los efectos de su hoja de bien templado acero.

Todavía tenía que hacer dos diligencias. La primera de ellas consistió en una visita a la embajada de Terrex, Sección de Pasaportes.

Allí pidió un visado como turista y, a ser posible, de duración indefinida. El funcionario que le atendió se lo concedió por seis meses.

— Si quiere estar allí más tiempo, deberá solicitar una prórroga en la sección correspondiente de nuestro, Ministerio — manifestó.

— Ah, muy bien — dijo el joven, sin pestañear —. ¿Qué le debo, amigo?

— Por favor — exclamó el terrexita, riendo —; entre nosotros, todo es gratuito, capitán Shadoo.

— Oh, es verdad, no lo recordaba... Sin embargo — añadió el joven —, aquí se emplea la moneda como medio de transacción.

— Ciertamente, pero nuestra embajada recibe todo gratuitamente, a cambio de un trato análogo de la suya en Terrex.

— Sí, tiene usted razón... aunque tengo idea de que hay tiendas terrexitas en Coar-U.

—Es verdad — admitió el funcionario—. Tenemos tiendas donde se venden artículos terrexitas, a cambio de cantidades que estimamos apropiadas a su justo precio. Ahora bien, el dinero recaudado, revierte íntegro en atenciones benéficas y científicas de Coar-U. ¿De qué nos serviría a nosotros, si no lo usamos en Terrex?

— Nada más lógico — aprobó Shadoo con una sonrisa—. Ha sido usted muy amable, amigo mío.

El terrexita estampó un par de sellos en los documentos de Shadoo y se los devolvió, sonriéndole anchamente.

— Le deseo una feliz estancia en Terrex, señor Urv.

La segunda gestión que debía realizar Shadoo aquella tarde era visitar a un antiguo conocido suyo, cuyos medios de vida, en ocasiones, rozaban los límites legales. Shadoo sospechaba que tales límites, en más de una ocasión, habían sido traspasados por Quall Indren, que tal era el nombre de su amigo, si bien nunca habían podido probarle nada que pudiera darles motivos para sentarle ante un juez.

Indren entrecerró los ojos al ver entrar al joven en su tienda.

— Es un insospechado honor para mí recibir como cliente al gallardo hijo del Primer Pentarca — saludó—. ¿En qué puedo servirte, capitán Urv?

Shadoo miró de reojo a su amigo, a la vez que se sentaba sobre una barrica que contenía... Bueno, era preferible no averiguar qué contenía la barrica, se dijo.

— Quall, menos coba — contestó —. Lo de hijo de Tudnon Fwoos debe quedar por completo fuera de la cuestión. Hablemos de hombre a hombre, ¿entendido?

Indren suspiró.

— De hombre a hombre — repitió —. Tú, tan apuesto y gallardo... y yo, convertido en una caricatura de ser humano...

— No te quejes, Quall — rezongó Shadoo—. Puede que no tengas mi figura ni mi edad, pero tienes experiencia y eso vale mucho, para que las moscas caigan de continuo en tu red. Y tú ya sabes de qué moscas hablo, ¿no?

Indren soltó una risita.

— A ti no se te puede ocultar nada, capitán. — Tosió afectadamente—. Sí, he de admitir que tengo un éxito moderado con las mujeres, pero no vienen a mí sólo por mi tipo. Algunas me cuestan realmente caras, créeme.

— Sí, me lo supongo.

Shadoo lanzó una mirada circular a su alrededor. El almacén de Indren estaba atestado de los más variados artículos, procedentes de todos los puntos de la galaxia. En aquel local se podía comprar de todo, siempre que se dispusiera del dinero marcado en la etiqueta del artículo deseado.

— Necesito un psicodisfraz, Quall —dijo al cabo.

Indren respingó.

— ¿Un psico...? ¡Pero por los Setenta mil Soles de la Quincuagésima Octava Galaxia! ¿Cómo puedes creer que yo soy capaz de tener en mi tienda un artículo declarado ilegal en Coar-U?

— Quall, somos amigos. ¿Me vendes el psicodisfraz o prefieres que vaya en busca del juez del Área y le pida un mandamiento para registrar tu tienda?

CAPÍTULO III

Indren se rindió.

Momentos después, apareció con un delgado cinturón, de tres centímetros de ancho por dos milímetros escasamente de ancho, provisto de una hebilla cuadrada, de seis centímetros de lado. Su grueso era de tres milímetros.

Junto con el cinturón, Indren trajo dos pequeñas tabletas, que, colocadas juntas, componían una superficie casi igual a la de la hebilla.

— Son las baterías — explicó —. Una sirve para cambiar de identidad; la otra, para recuperar la identidad propia. Ya no se pueden utilizar más; es preciso recambiarlas.

— Bueno, dame unas cuantas más de repuesto...

— Lo lamento, capitán. Créeme, te daría más baterías, pero son las únicas de que dispongo. Y tampoco tengo más psicodisfraces.

Shadoo comprendió que su amigo era sincero.

— Seguro que se lo has comprado a un yiffonita de los que custodian la embajada de Terrex — dijo.

— ¿Por qué me obligas a contestar? — declaró Indren maliciosamente—. Sí, los hombres de Yiffon+B son terriblemente codiciosos. Cobran unos sueldos fabulosos, pero ¿de qué les sirve el dinero en Terrex, si allí no pueden gastarse una sola centésima de crédito? El que sale al exterior, como puedes comprender, se aprovecha a fondo.

— Desde luego. Entonces, si uso el psicodisfraz una vez, tendré que comprar más baterías en Terrex.

— A ti no te las venderán, ni siquiera te las regalarán, porque eres extranjero. Pero no faltará algún yiffonita que lo haga por dinero. Nada barato, desde luego, te lo advierto de antemano.

—Gracias, Quall. ¿Cómo funciona este trasto?

— Debes ponértelo directamente sobre la piel. Cuando lo hayas hecho, presiona ligeramente el botón central de la hebilla y mantén la presión durante todo el tiempo necesario. Mientras lo haces, por supuesto en un lugar solitario y silencioso, concéntrate en el aspecto que quieres tener, si deseas disfrazarte. Bastarán cinco o seis minutos, después de lo cual, el psicodisfraz queda listo para funcionar, mediante un ligero golpe en el lado derecho de la hebilla. Otro golpe, en el lado opuesto, te devolverá tu apariencia normal. Eso es todo, capitán.

Shadoo hizo un gesto con la mano.

— Envuélvemelo, Quall — pidió—. Otra cosa: ¿qué me dices de un psicomóvil?

Indren se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Ni lo sueñes, capitán! —exclamó—. ¡Ojalá pudiera tener un centenar de psicomóviles para vender! ¡Sería mi fortuna, créeme!

— Bueno, si se trata de dinero, algún yiffonita...

— No sigas, muchacho. Los yiffonitas venden de todo; por dinero, venderían hasta su esposa... pero es inútil que se les pida un psicomóvil, ni aun sepultándolos bajo toneladas de billetes de nuestra moneda. Sus jefes cierran los ojos a muchas de las arbitrariedades que cometen los subordinados, pero son inflexibles en lo que se refiere a los psicomóviles. ¿Sabes qué condena recibiría el que intentase, sólo intentarlo, no realizar por completo la venta? ¿Eh?

— No —sonrió Shadoo—. Dímelo tú.

— El imprudente sería condenado a mil penas de muerte — dijo Indren, muy serio.

Shadoo pegó un respingo.

— ¡Vamos, Quall, no seas literario! —bufó.

— No es una metáfora, sino una realidad. El reo sería fusilado y revivido, fusilado y revivido, fusilado y revivido... y así, hasta llegar a la cifra mil. Aparte de que la venta, cesión o como se llame la operación, de un solo psicomóvil, acarrearía la cancelación instantánea del contrato de Orden Público que los de Yiffon+B tienen firmado con Terrex. Y si pensamos en que Granar-10 está al acecho para conseguir sustituir a los yiffonitas en la agradable tarea de procurar que los terraxitas vivan como dioses, te explicarás mejor por qué no sale un solo psicomóvil de la superficie de Terrex

que no esté en poder de un nativo o de un mercenario yiffonita.

— Bueno, pero a uno de ellos podría arrebatársele...

— ¿Y de qué serviría, si cada psicomóvil está ajustado a su dueño y sólo se puede variar la longitud de las ondas que mueven el aparato en el Máximo Centro Rector de Psicomóviles?

— Entiendo. —Shadoo sonrió—. Eres una fuente inagotable de informes, Quall. ¿Qué te debo?

— Bueno, por ser para ti, tres mil quinientos créditos de nada — contestó Indren con aire negligente.

Shadoo se escandalizó.

— ¡Ladrón! — apostrofó a su oponente.

— No lo quieres para conquistar a una dama — dijo Indren maliciosamente— En tal caso, te lo daría por la mitad. Pero vas en misión a Terrex y paga el gobierno, así que pásale la factura al Secretario Económico de la Pentarquía.

— Está bien — se resignó Shadoo. Por fortuna, iba bien provisto de dinero. Abonó la suma pedida y se despidió de su amigo—. Eres muy listo, Quall; yo no he dicho que fuese a Terrex.

— Pero vas allí — contestó el otro sin pestañear—. Y por eso, y gratuitamente, además, te daré un consejo. Guárdate del coronel Syk-Latt.

— ¿Quién es ese tipo, Quall?

— El jefe de Estado Mayor de los yiffonitas. Por sus manos pasan todas las informaciones recogidas por sus agentes. Es un águila y una hiena, todo junto, a ver si entiendes lo que quiero decirte.

— Se te entiende a la perfección — contestó Shadoo.

* * *

El psicomóvil depositó a Carylia en el centro de la sala del departamento que ocupaba. La muchacha consultó el reloj situado sobre su televisor escolar y halló que la clase del profesor Kivnor 6-5-0 había comenzado pocos minutos antes.

Carylia no se inmutó. Con rápidos ademanes, se quitó el casco del psicomóvil y luego hizo lo mismo con el ancho cinturón que, con los cables de conexión entre uno y otro, componían el aparato. Lo dejó todo sobre un sillón y conectó el televisor escolar, dejándolo por el momento en «Recepción».

Luego se dirigió hacia el baño. A medida que cruzaba sucesivas habitaciones, conectaba más pantallas, todas ellas enlazadas con la Universidad. Finalmente, hizo lo mismo en el cuarto de baño y, sin esperar a más, se metió en la ducha.

El chorro de agua disolvió sus ropajes, arrastrándolos luego por el sumidero. Carylia quedó bajo el agua, como una estatua de formas perfectas y piel ligeramente atezada. Mientras cumplía con el rito higiénico, percibía la agradable voz del profesor Kivnor, mezclada a veces con los comentarios de sus alumnos.

Terminó de ducharse y puso en marcha el secador de cuerpo entero. Minutos después, salió del baño y pasó al dormitorio, en donde siguió la clase con toda atención. Eligió un traje de una sola pieza, de tejido blando y esponjoso y un tanto holgado, y se lo puso. El color naranja claro del vestido, que llevaba incorporados los zapatos, cuadraba muy bien con el negro intenso de su cabellera y el tono tostado de su cara.

Hecho esto, conectó el canal de "Emisión" y se sentó frente al aparato. En la pantalla "ojo de insecto" del profesor se encendió un nuevo exágono.

— Bien venida a clase, Carylia — saludó Kivnor amablemente.

— Le ruego me disculpe, profesor — dijo la muchacha—. He estado haciendo algo que no admitía dilación...

— Oh, el tema de la clase de hoy tiene muy poco interés. Se trata, simplemente, de un compendio de Historia Moderna de nuestro planeta. A veces, conviene refrescar los recuerdos y... Pero, con su permiso, voy a continuar.

Kivnor siguió hablando durante unos veinte minutos. Al terminar, dijo que estaba dispuesto a conceder diez más en turno de preguntas y aclaraciones.

La mayoría de los alumnos apagaron sus pantallas. Tres o cuatro, sin embargo, siguieron la clase.

Carylia figuraba entre ellos. La muchacha esperó a ser la última y entonces habló:

— Profesor, si mal no recuerdo, ha citado usted el año dos mil seiscientos veintisiete de la Era Terrexita como fecha clave de nuestra independencia planetaria.

— Justamente, así es — confirmó Kivnor amablemente —. Como todo el mundo sabe, en ese año, obtuvimos la independencia de la

Tierra, aquel detestado planeta de la Novena Galaxia...

— Lo sé, lo sé, profesor; conozco todo lo relativo a lo que los hombres de la Tierra nos hicieron sufrir. A partir de entonces, se inició nuestro progreso y, si mi memoria no me falla, mil setecientos años después, es decir en tres mil trescientos veinte, o sea hace unos ciento cuarenta años, establecimos un pacto con Yiffon + B para nuestra protección, tanto interna como externa.

— Cierto. Su memoria es portentosa — alabó Kivnor.

Carylia hizo caso omiso del elogio.

— Nosotros hoy día, lo tenemos todo gratuitamente, incluso las cosas superfluas — continuó —. Pero, naturalmente, hay trabajos que no podemos hacer ni tampoco queremos encomendar a las máquinas. Para eso están los guerreros yiffonitas.

— Justamente, y es preciso reconocer, que desempeñan una labor muy meritoria...

— Profesor, yo no dudo del mérito de la labor de los yiffonitas. Lo que me pregunto es lo siguiente: ¿Somos verdaderamente independientes?

Kivnor se escandalizó.

— Pero, mí querida Carylia...

— Conteste, profesor — exigió ella, imperturbable —. Dependemos de los yiffonitas para que guarden el orden y la tranquilidad en nuestras ciudades y aldeas; ellos cuidan de que ningún enemigo externo nos ataque... en fin, son nuestra Policía y nuestro Ejército, por usar denominaciones en desuso. Pero dependemos de ellos.

— ¡Oh, por los cincuenta grandes dioses de la Primera Galaxia! — juró Kivnor, que habitualmente usaba un lenguaje muy moderado —. Sus palabras, Carylia, son un sofisma...

— Yo diría que son la expresión de la realidad. Ya no quiero hablar siquiera, nosotros que tanto luchamos por nuestra independencia mil setecientos años antes, de los planetas que hemos conquistado y sometemos, merced al trabajo bélico de los yiffonitas. No, no hablaré de eso, sino de algo que nos atañe más directamente. ¿Qué pasaría si los yiffonitas decidieran erigirse en dueños de Terrex?

— ¿Desobedeciendo el pacto de acatamiento a las órdenes de la Suprema Tetrarquía?

— ¿Y cómo podrían obligar los Tetrarcas a los yiffonitas a que cumpliesen su mandato, si éstos decidieran romper el pacto unilateralmente? ¿Con qué fuerza contamos para ello, aparte de la legal, que en un caso determinado, no nos serviría absolutamente para nada?

Kivnor se quedó cortado. No sabía qué contestar.

Era la primera vez que le planteaban una cuestión semejante. En su cerebro de profesor de Historia no cabía la posibilidad de una rebelión de los yiffonitas.

Suavemente, Carylia se despidió de Kivnor:

— Hasta mañana, profesor.

Kivnor seguía silencioso.

* * *

Shadoo salió a la calle.

Era su primer viaje a Terrex. El planeta, pese a todo, no le había gustado nunca demasiado, no por sí mismo, sino por sus habitantes.

Había conocido a muchos terrexitas. Todos tenían una cualidad en común: eran altivos, displicentes, orgullosos, seguros de su superioridad y miraban a los demás habitantes de la galaxia con desprecio, como a seres inferiores. Sentíanse henchidos de satisfacción por su supercivilización; un terrexita tenía de todo, incluso lo superfluo, sin necesidad de trabajar ni, por tanto, de gastar un solo centésimo.

Para Shadoo, la terrexita era una civilización podrida y decadente, una civilización vampira, que vivía de un modo parasitario, aunque desbordante de lujo, a costa de otros mundos... de decenas de otros mundos, sometidos a su yugo.

Un agudo grito sonó de repente en sus inmediaciones:

— ¡Eh, al ladrón! ¡Me ha robado!

Un hombre salió de una casa próxima, llevando algo apretado contra su pecho. Detrás de él apareció una mujer semidesnuda, corriendo y vociferando:

— ¡Mis joyas, me las ha robado! ¡Al ladrón, al ladrón!

Cerca de Shadoo había dos robustos yiffonitas. El ladrón tuvo la desgracia de tropezar con ellos.

— ¡Eh, tú, párate! —le increpó uno de los guardias.

El otro fue más práctico y agarró al fugitivo por los pelos. La perjudicada le dio alcance a los pocos instantes.

— ¡Mis joyas, vengan mis joyas! —exigió.

— No se las he robado, ella me las ha dado...—intentó protestar el supuesto ladrón, mientras se debatía inútilmente para soltarse de las fuertes manos del policía.

El otro guardia se encaró con la mujer.

— ¿Son suyas esas joyas, señora?—inquirió.

— Así es — contestó ella, oprimiéndolas codiciosamente contra su bien formado busto.

— Eso es todo, señora, muchas gracias. Ahora, apártese un poco, por favor.

La mujer obedeció. El guardia sacó un pesado revolver. Su compañero soltó al ladrón.

¡PAM! ¡PAM!

Sonaron dos tiros. El ladrón se contorsionó un poco y rodó por el suelo. La sangre empezó a correr hacia una alcantarilla próxima.

CAPÍTULO IV

Una voz femenina sonó con medios tonos junto a Shadoo.

— ¡Asesinos!

Shadoo se volvió. Tenía al lado a una encantadora muchacha, cuyo rostro aparecía coloreado por la indignación. Estaba muy alterada y ello se reflejaba asimismo en los violentos vaivenes de su busto.

Uno de los guardias usó la radio para llamar a una ambulancia. Mientras, el otro informaba a sus superiores de lo sucedido.

— Eso es lo que tenemos por permitir que los yiffonitas cuiden de nosotros — añadió la muchacha —. Y no nos merecemos más, ciertamente.

— Una justicia muy sumaria, a lo que veo — comentó Shadoo.

— Sí. —Carylia le miró extrañada—. Usted no es terrexita.

Shadoo sonrió. Sobre el lado izquierdo de su pecho llevaba un gran círculo de metal brillante, con el escudo de su planeta.

— Un simple turista — contestó —. Vengo de Coar-U y me llamo Shadoo Urv.

— Mi nombre es Carylia — dijo la muchacha —. Cuando vuelva a Coar-U, cuente la ignominia de nuestro planeta. Cuente que somos tan imbéciles, que permitimos que unos extranjeros nos administren la justicia, en lugar de hacerlo nosotros mismos.

— El castigo me ha parecido excesivamente duro, en efecto — convino Shadoo—. Sólo se trataba de un robo...

— Todos los delitos tienen la misma pena — manifestó Carylia —. Pena de muerte y, además, aplicada en el acto y sobre el terreno. ¿Por qué, si no, se cree que reina aquí esa paz y ese orden del que tan orgullosos nos sentimos?

— Sin embargo, hay algo que no entiendo — dijo Shadoo—. ¿Por qué ese desgraciado quiso robar unas joyas, si aquí hay de

todo y gratuitamente, además?

Carylia se encogió de hombros.

— Tal vez eran unas joyas de un diseño o una calidad especiales y quería entregárselas a otra mujer — replicó —. El motivo, a fin de cuentas, es lo de menos; lo indignante, lo escandaloso es que esos yiffonitas se permitan ajusticiar a un terrexita. Incluso aunque hubiese penas más ligeras, no se les debería permitir que administrasen ellos la justicia.

— Sí, claro.

— Pero Terrex es así — añadió ella amargamente —. ¿Para qué cambiar un estado de cosas del que todos nos sentimos tan satisfechos?

Carylia dio media vuelta y se alejó. Shadoo se quedó perplejo.

Una terrexita que criticaba su propio sistema político y social.

Increíble, se dijo.

¿No se trataría de alguna espía que intentaba sonsacarle?, dudó.

La ambulancia había llegado, así como un gravimóvil de patrulla, cuyos ocupantes estaban recibiendo informes del suceso. La gente iba y venía tranquilamente, sin preocuparse de lo que ocurría.

Uno de los guardias se acercó de pronto a Shadoo. El joven contempló a aquel robusto individuo, vestido con el tétrico uniforme gris acero que usaban los yiffonitas sin excepción.

En el centro del pecho, el policía llevaba un triángulo de metal, negro, con las letras, en oro y rojo, Y+B, y debajo, en caracteres más pequeños, un conjunto de letras y cifras que constituían su distintivo particular.

—Le he visto hablando con esa mujer — dijo el guardia, precisamente el que había disparado contra el ladrón—. ¿Qué le decía?

— ¿Tengo obligación de contestarle? — preguntó Shadoo.

— Por supuesto.

— ¿Aunque sea extranjero? — Shadoo señaló con el índice el disco que le identificaba como oriundo de Coar-U.

— Su condición de extranjero no le excusa de cumplir las leyes de Terrex — declaró el policía —. Y tengo la sensación de que esa joven criticaba duramente nuestra acción.

— Oh, no, no, todo lo contrario, amigo mío — respondió Shadoo

en tono placentero—. Esa encantadora joven, no les criticaba a ustedes, sino que les alababa plenamente. Además, como tenía algo de prisa y no podía entretenerse, me encargó a mí que lo hiciera en su nombre. Me dio algo para usted y su compañero.

Shadoo metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de a cien créditos, que entregó discretamente al asombrado policía.

— Moneda coariana, legítima, de curso legal — añadió a media voz.

Dirigió una sonrisa al guardia y se alejó.

Un chorro de agua salía por un orificio de la ambulancia y lavaba la sangre caída sobre el arroyo.

* * *

Los informes que el coronel Syk-Latt había recibido aquella mañana no tenían nada de agradables. A Syk-Latt empezaba a preocuparle las actitudes que algunos terrexitas — pocos todavía, por fortuna — empezaban a tomar con respecto a la presencia de los hombres de Yiffon+B en Terrex.

— Esa condenada muchacha — rezongó, después de haber escuchado el informe emitido por uno de sus agentes, supuesto alumno del profesor Kivnor 6-5-0.

Lo malo era que Carylia, bien que no alardease de ello, pertenecía a una clase muy alta. Debía andar con pies de plomo si quería frenar sus ímpetus.

Se acarició la barbilla, mientras buscaba mentalmente la forma de eliminar a Carylia. Físicamente, no, aunque se la sorprendiese en flagrante delito. "Todavía hay clases en Terrex", masculló, en tono disgustado.

Pero, al mismo tiempo, tenía también otro grave problema, mayor aún que el primero. Y éste sí podía resolverlo por medios contundentes, sin que nadie se lo reprochase.

De pronto, se inclinó hacia delante y llamó:

— ¡Capitán Vzinus!

Un hombre entró a los pocos momentos en el despacho. Era alto, corpulento, de pelo negro y ojos ligeramente oblicuos, lo cual, según ciertas opiniones, le confería aún mayor atractivo entre las mujeres.

— Señor — dijo el oficial.

— Shadoo Urv está en Terrex —declaró el coronel escuetamente —. ¿Sabes quién es?

— Tengo una idea...

— Es hijo del Primer Pentarca de Coar-U.

— Pero el Primer Pentarca se apellida Fwoos, señor.

— Allí los hombres usan el apellido materno. Sólo las hembras tienen derecho al apellido del padre y, en caso de matrimonio, pueden anteponerlo al de su esposo, si lo desean.

— Ah, ya entiendo. ¿Y bien, señor?

— Aparentemente, Shadoo está aquí como turista Lo que menos le interesa es el turismo. Apostaría a que ha venido en busca de otras... sensaciones. ¿Me comprende usted?

— Sí, señor.

— A Terrex no le interesan los curiosos. Hágalo bien, pero discretamente; efectivo y silencioso. Shadoo debe desaparecer sin dejar rastro.

— Sí, señor — contestó Vzinus, impasible.

— En cuanto a Carylia... —Los dedos de Syk-Latt tabletearon sobre la mesa—. No sé qué diablos hacer con esa chica, para curarla de su maldita manía de hacer preguntas comprometedoras.

— Conozco el caso, señor — manifestó Vzinus —. En mi opinión, se podría hacer algo que la desarmaría totalmente, de un modo digamos moral.

Las finas cejas de Syk-Latt se levantaron en un gesto inquisitivo.

— Hable, capitán — ordenó.

— Carylia pertenece a una clase social muy elevada; no hay más que ver las cifras de su apellido. Ella usa corrientemente las tres últimas, como es costumbre en Terrex: 0-0-A. El apellido completo es 0-0-0-0-1-0-0-0-A.

— Muy interesante, capitán. Siga, por favor.

— Bien, la moral de los que pertenecen a la clase de Carylia es sumamente rígida. Son de las gentes que opinan que no pueden casarse con personas fuera de su esfera. Y no digamos nada de sostener devaneos.

Syk-Latt sonrió.

— Creo que le voy comprendiendo, capitán— dijo —. Continúe.

Vzinus terminó de exponer su plan. El coronel formuló un par de

objeciones sin importancia, que acabaron de modelarlo.

Luego preguntó:

— ¿Quién lo llevará a efecto, capitán?

— El teniente Orglum, señor. Tiene mucho éxito entre las mujeres terrexitas. Ya se sabe que un yiffonita tiene prohibido dirigirse a una nativa, pero la ley no habla del caso inverso.

Syk-Latt sonrió.

— Lo sé, capitán. Pero ¿cómo va a conseguir Orglum que Carylia le incite a... digamos una visita a su departamento?

— Orglum es muy listo para esta clase de asuntos.

Podemos dejarlo en sus manos... y cuando estén más acaramelados...

El coronel lanzó una atroz carcajada.

— ¡Bravo, Vzinus! Las pruebas gráficas que obtengamos de la entrevista amordazarán a esa orgullosa Carylia con más seguridad que si empleásemos una tira de tela en torno a su boca. Pero, no lo olvide; un asunto todavía más urgente es el del turista. ¿Entendido?

— Sí, señor.

* * *

Shadoo llevaba ya varios días en Terrex. Había visto muchos psicomóviles y también había contemplado su manejo. La boca se le hacía agua, metafóricamente hablando, al pensar en la posibilidad de poseer uno de aquellos maravillosos cacharros.

Sería suficiente para conseguir sus propósitos. Por medio del psicomóvil podría introducirse en el Estado Mayor de los yiffonitas y estudiar los planes de invasión que, por orden de la Tetrarquía terrexita, estaban dispuestos a llevar a cabo contra Coar-U.

Y no era posible adquirir un psicomóvil, ni aun ofreciendo a su dueño todas las riquezas del mundo, debido a que cada aparato estaba graduado exactamente para su utilización por una sola persona. Si otro quería usarlo, corría el riesgo de morir electrocutado; en el mejor de los casos, el aparato no funcionaría.

Tendría que empezar a pensar en el mejor modo de conseguir un psicomóvil. En otro caso, sería de buscar un yiffonita acomodaticio. Los mercenarios yiffonitas no eran insensibles al dinero. Cumplían un período de servicio en Terrex, de unos cuatro años, prorrogable,

a voluntad, por dos más, al cabo de cuyo tiempo volvían a su planeta natal.

Pero también podían establecerse en otros planetas... en donde los sistemas políticos eran tan anticuados, que aún se utilizaba la moneda. Y Shadoo había ido a Terrex bien provisto de numerario.

El dinero era un arma a emplear en su momento, se dijo, justamente unos segundos antes que una encantadora indígena surgiese repentinamente ante él, con tal violencia, que estuvo a punto de derribarle al suelo.

La chica, monísima, lanzó un gritito.

— Pero, qué brutos eres, Turd... Oh, usted no es Turd — rectificó casi en el acto.

— No, no soy Turd y, créame, lo lamento infinito.

Ella entornó los ojos para mirarle críticamente.

— Turd debía de estar ya aguardándome, pero no ha aparecido — manifestó.

— ¿Puedo suplirle?—consultó Shadoo con ansiedad no del todo fingida.

La chica sonrió.

— Me llamo Jirya 9-0-I — se presentó.

— Shadoo Urv — dijo él—. ¿Se enfadará Turd si, al llegar aquí, no te encuentra?

Jirya lanzó una argentina carcajada.

— Yo no estaré aquí para verlo — contestó, a la vez que se colgaba del brazo de Shadoo—. ¿Quieres ocupar su puesto?

— Si Turd apareciese ahora, le retorcería el pescuezo — aseguró Shadoo muy serio.

— No te costaría mucho. Comparado contigo, es un conato de ser humano — respondió Jirya con sarcasmo —. Vamos a mi casa; quiero entablar conocimiento con un coariano. Porque tú eres de Coar-U, a juzgar por tu insignia.

— No tengo por qué negarlo — contestó él —. Y acepto tu invitación con mucho gusto, Jirya.

CAPÍTULO V

— Terrex es lo más maravilloso que he visto en mi vida — declaró Shadoo.

— ¿Te gusta?—preguntó Jirya en tono mimoso, acurrucada en un diván, junto al joven.

— Es... bueno, no se encuentran palabras para describir lo que se siente. Todo tan grande, tan hermoso... pero lo mejor es que aquí se vive de un modo encantador facilísimo... Prácticamente no se trabaja y se tiene todo gratis...

— Eso de que no se trabaja es una sensación demasiado optimista — dijo Jirya riendo—. Pero lo demás es correcto; lo tenemos todo gratuitamente y, salvo en casos muy especiales, no hay más que tomarlo o pedirlo donde se reparte.

— La comida viene a casa por conductos especiales, como la bebida.

— Sí. Ahora bien, otras cosas, como comprenderás, se despachan en lugares adecuados. Pero tú puedes entrar en la primera tienda que se te antoje y pedir lo que te haga falta de ropa y calzado, por ejemplo.

— ¿Me lo darán, aunque sea extranjero?

— En eso no hay discriminación, aunque sí cierta vigilancia, para evitar abusos que no se producen entre nosotros. Yo tengo bastantes vestidos, pero no voy a la tienda más próxima y cargo con todas las existencias. Me basta con renovar el vestuario de cuando en cuando.

Shadoo la dirigió una mirada crítica.

— Si todas las prendas femeninas son como las que llevas puestas, no se consumirá mucho tejido de las fábricas — dijo.

Jirya lanzó una risita.

— Estoy muy cómoda así — contestó.

El "vestido" de Jirya consistía en dos pedacitos de tela roja en la parte superior y delantera de su cuerpo y un minúsculo pantaloncito. El suelo, muellemente alfombrado, permitía no llevar calzado.

— Indudablemente — convino él—. Pero he visto que usas psicomóvil para tus desplazamientos. ¿Cómo lo conseguiste?

— Ah, me bastó firmar una solicitud en el M.C.P.P. (Máximo Centro Rector de Psicomóviles). Demostré que soy ciudadana terrexita, se hizo un estudio de mi frecuencia eléctrica cerebral... y a los pocos días se me avisó de que ya podía pasar a recoger el cacharro.

— Y eso fue todo.

— Sí, no hubo más requisitos.

— Pero a los extranjeros no se les dan psicomóviles.

— No, está severamente prohibido.

— ¡Lástima! — suspiró él —. Con lo que me hubiera gustado tener uno. ¿No habrá manera de conseguirlo, Jirya?

— Temo que no, querido — respondió la muchacha sonriendo—. En el mejor de los casos, no podrías llevártelo de Terrex.

— También está prohibido.

— Sí.

Jirya podía ser el primer paso para conseguir un psicomóvil, aunque no pudiera usarlo. Los científicos de Coar-U estudiarían el artefacto y construirían otros, se dijo.

— Pero no está prohibido besarte — dijo, sonriendo.

Jirya le guiñó un ojo.

— Inténtalo — contestó.

Fue un intento de resultados muy satisfactorios.

* * *

Shadoo se detuvo en seco y contempló a la chica que tenía frente a sí. Su rostro le pareció conocido.

Ella se sintió extrañada de la actitud del joven y le miró con cierta irritación. De pronto, Shadoo chasqueó los dedos.

— ¡Ya está! —dijo—. Usted es la joven que protestaba el otro día por ciertas actitudes de los yiffonitas. Recuerde, el ladrón que huía con unas joyas, dos disparos...

— Sí, soy la misma, aunque no creo que eso le importe mucho — respondió Carylia en tono desabrido.

Shadoo se emparejó con la muchacha.

— No se enoje conmigo — rogó—, yo no he nacido en Yiffon +B.

— Es coariano — dijo ella.

— Tengo ese placer. De momento, soy un simple turista en este encantador planeta. Me llamo Shadoo Urv.

Ella vaciló un momento y, al fin, dio su nombre:

— Carylia 0-0-A.

Shadoo silbó.

— Un linaje muy elevado, a juzgar por el apellido — comentó.

— Mis antepasados me traen sin cuidado — dijo Carylia—. Yo no vivo de sus obras, sino de las mías.

— Sana filosofía — aprobó él —. Pero la veo enojada...

— Perdone, pero tengo que irme — le interrumpió Carylia.

Y se puso a manipular en el psicomóvil.

— Espere un momento — pidió Shadoo.

Carylia le miró con curiosidad.

— ¿Sí?

— Me gustaría hablar con usted en otra ocasión. Ahora tiene prisa, a lo que parece, y no puedo reprocharle que se vaya. Pero si pudiese en otro momento... Con más tranquilidad, sin agobios de tiempo.

Carylia vaciló un instante.

— Mañana por la tarde. Novena Perspectiva, Nivel veinte, departamento 12-E. — dijo al cabo.

Shadoo repitió la dirección.

— Estaré en su casa a las cuatro en punto de la tarde — prometió.

Carylia le dirigió una gentil inclinación de cabeza. Instantes después, había desaparecido de la vista del joven.

— Hay que ver — murmuró Shadoo—. Vaya unos aparatos maravillosos esos psicomóviles.

Y la idea de que tenía que conseguir uno para entrar en el Estado Mayor y buscar los planes de invasión, se afirmó en su mente con más fuerza que nunca.

Regresó al hotel.

Hacía calor. En Terrex reinaba por lo general una agradable temperatura, con pocas variaciones termométricas. Por dicha razón, en ocasiones subía la temperatura excesivamente.

El hotel estaba destinado exclusivamente a los extranjeros. Shadoo había visto allí gentes de todas las razas galácticas. Sus relaciones con otros huéspedes eran, sin embargo, superficiales.

Subió a su habitación. Ansiaba tomarse una buena ducha de agua fría.

Tras desvestirse, se encaminó al cuarto de baño. La bañera estaba llena de agua.

A Shadoo le extrañó el hecho. No recordaba haberse dejado ningún grifo abierto que, en todo caso, debía continuar manando. Pero los grifos estaban cerrados.

Entornó los ojos un instante. Hizo una prueba con el agua de la bañera. El pañuelo que había tirado se disolvió instantáneamente.

No era suficiente. Shadoo sabía que la mayoría de las prendas fabricadas en Terrex eran solubles en agua, a fin de evitar problemas de lavandería primero y, más adelante, de acumulación de desechos.

Regresó a la sala y conectó el videófono.

— Suban la cena a mi habitación en cuanto les sea posible — pidió —. Ah, y no dejen de incluir en la minuta una buena pierna de venado terrexita.

Treinta minutos más tarde, apareció una encantadora camarera, empujando una mesita con ruedas. Shadoo dijo que podía irse y la mujer se despidió.

El joven levantó la tapa cóncava que cubría el plato principal; pierna de venado indígena. Estaba muy apetitosa.

— Lástima — se dijo.

La cena estaba ya estropeada, aunque sus sospechas no se confirmasen. Cargó con la bandeja y lanzó la pierna de venado a la bañera.

El agua burbujeó horriblemente. Treinta segundos después, la pierna de venado había desaparecido por completo.

Shadoo se sintió mareado sólo de pensar en lo que podía haberle ocurrido, si se hubiera metido en la bañera imprudentemente. Las piernas le flaquearon y hubo de tomar asiento en uno de los taburetes del propio cuarto de baño.

Al cabo de unos minutos se serenó y empezó a reflexionar. No tardó en llegar a una conclusión: el que había llenado la bañera con aquel poderoso disolvente tendría que venir para vaciarla.

* * *

El hombre abrió la puerta y asomó la cabeza con suma cautela. Tanto la sala como el dormitorio estaban a oscuras.

El silencio era absoluto. El intruso cruzó la sala y se asomó al dormitorio.

Estaba vacío. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el cuarto de baño. Encendió la luz y se acercó a la bañera.

— Viene a vaciarla, ¿no es así?

La voz había sonado a sus espaldas. El intruso se sobresaltó terriblemente. Shadoo lanzó una risita.

—Una trampa algo ingenua — añadió—. ¿Por qué no pusieron el líquido disolvente en el agua de la ducha?

El intruso seguía inmóvil. De súbito, giró en redondo, empuñando algo que parecía una pistola.

La reacción de Shadoo, si bien algo confusa, resultó instintiva y golpeó a su atacante en la mandíbula. El intruso cayó de espaldas... ¡dentro de la bañera!

Shadoo saltó hacia atrás, mientras escuchaba un horripilante alarido. El hombre intentó salir de la bañera, pero los efectos del ácido eran poco menos que instantáneos y, sometido a un terrible "shock", volvió a caer hacia atrás.

Un minuto más tarde, sólo quedaban en el fondo de la bañera una pistola de rara apariencia y un par de hebillas. Todo lo demás: materia orgánica, ropajes y calzado, se habían confundido con aquel líquido, que ahora había tomado un repugnante color rojizo.

Conteniendo las náuseas que tenía, Shadoo agarró la cadenita que se unía al tapón de desagüe y tiró hacia arriba. Cuando la bañera estuvo vacía, dejó correr los grifos en abundancia.

Sentíase decepcionado en cierto modo: le hubiera gustado hablar con el asesino. Pero, por otra parte, sabía que hubiera sido una conversación inútil; harto se figuraba quién había dado orden de eliminarlo.

* * *

El teniente Orglum entró subrepticiamente en el departamento y, con toda cautela, fijó varias microcámaras en lugares estratégicos. Al terminar, dirigió una mirada al reloj de pulsera que llevaba en la muñeca izquierda.

Era un reloj "sui géneris". En el momento en que él lo deseara, las cámaras serían activadas por la emisión de una onda especial, siempre que se encontrase .dentro de una determinada distancia. Al haber situado varias cámaras, la toma de imágenes sería constante.

Ahora sólo faltaba encontrar a la dueña del departamento. Orglum, merced a los espías del capitán Vzinus, sabía cómo conseguirlo.

Carylia estaba en un establecimiento público, donde se expendían bebidas no alcohólicas. En su interior, Orglum sonrió despectivamente.

"Como todos los revolucionarios, siente la pasión del ascetismo", pensó.

Entró en el local y se sentó en un taburete, junto a Carylia.

— Hola, guapa — dijo.

Ella le miró con desprecio.

— No me gustan los yiffonitas — contestó en tono seco.

Cinco minutos más tarde. Carylia decía:

— Eres un tipo muy atractivo. Yo soy Carylia 0-0-A. ¿Cómo te llamas?

— Orglum — respondió el yiffonita sonriendo satisfecho—. Tú eres muy hermosa, Carylia..., pero aquí hay demasiada gente. ¿Por qué no vamos a tomar una copa a tu departamento? Estaremos mejor solos, ¿no crees?

Carylia le dirigió una hechicera sonrisa.

— Es una proposición subyugante — contestó.

CAPÍTULO VI

Shadoo llegó ante la puerta del departamento de Carylia y pulsó el llamador. Nadie le contestó, lo cual le produjo una singular extrañeza.

Volvió a llamar. A los pocos minutos, se abrió la puerta.

— ¿Qué hace usted aquí?—preguntó un tipo malhumorado—. Lárguese y no moleste, estúpido.

¡BLAM!

La puerta se cerró de golpe. Shadoo hubo de dar un salto hacia atrás, a fin de preservar la integridad de su apéndice nasal.

— ¡Caramba! — masculló —. Esto sí que es darle a uno con la puerta en las narices.

Pero había dos detalles que le extrañaban sobremanera: uno, la escasez de ropa del individuo, vestido simplemente con unos "shorts". Otro, el apenas entrevisto cuerpo de Carylia, sobre un diván, quizá con menos ropa que el sujeto.

Estuvo parado unos instantes ante la puerta. Todo aquello le parecía muy extraño. Casi tenía la seguridad de que Carylia le había visto durante una fracción de segundo. ¿Por qué no había dicho nada?

Se encogió de hombros.

— Bueno, no estaré mucho peor de lo que estoy, si mis sospechas no se confirman — se dijo.

Y volvió a llamar.

Orglum maldijo. Lánguidamente, Carylia extendió una mano hacia la puerta:

— Échalo, querido — murmuró.

— Ahora mismo, preciosa.

Orglum se levantó del diván y caminó hacia la puerta. Abrió de golpe y empezó a decir algo, pero apenas si pudo pronunciar un par

de sílabas.

Un puño bien entrenado chocó contra su mandíbula. Fue todo lo que sintió.

Shadoo pasó por encima del cuerpo tendido y contempló a la desnuda Carylia. La joven le miró torpemente.

— ¿Quién eres? — preguntó.

Shadoo frunció el ceño. La voz de Carylia resonaba de un modo extraño, dificultosa, como si le costase coordinar los músculos de la fonación.

— Ahora te lo diré — contestó, creyendo comprender.

Agarró al caído por debajo de los sobacos y lo apartó de la entrada. Cerró la puerta y avanzó hacia la joven, cargando luego con ella en brazos sin más preámbulos.

— ¿Adónde me llevas?—preguntó Carylia con voz débil.

— Ahora lo sabrás — contestó él.

Carylia fue a parar a la bañera. Shadoo abrió el grifo del agua fría y la graduó a la mínima temperatura.

Ella chilló. Intentó escapar. Shadoo la mantuvo firmemente bajo el chorro de la ducha durante algunos minutos, hasta que la vio tiritar. Entonces, cerró el grifo y conectó el secador.

— ¿Te encuentras mejor? — preguntó.

Los ojos de Carylia expresaban una cólera sin límites. Corrió las cortinas y dijo:

— Vaya a mi dormitorio y tráigame algo de ropa.

— Con mucho gusto — respondió Shadoo, riendo.

Dejó un traje de una sola pieza sobre el taburete de baño. Luego regresó a la sala.

Orglum continuaba desvanecido. Sus ropas estaban sobre un sillón y las registró meticulosamente.

Carylia apareció a los pocos momentos, ya vestida, con una toalla en torno a la cabeza.

— Tú eres Shadoo Urv — dijo.

— Ya era hora de que me reconocieses — sonrió él —. Lamento haber interrumpido un coloquio tan íntimo, pero me pareció que la cosa no estaba demasiado clara.

Ella se mordió los labios.

— Yo estaba con ese... con ese mercenario...

— Al cual no le ocultaste ninguno de tus numerosos encantos

corporales — dijo, él en tono incisivo.

Carylia se puso colorada.

— ¿Cómo he podido hacer yo tal cosa? — murmuró, muy afligida.

— Estabas bajo hipnosis.

Sobrevino una pausa de silencio. Carylia se quitó la toalla de la cabeza y la arrojó a un lado. Su pelo cayó libre y suelto hacia atrás.

— No entiendo... ¿Cómo me hipnotizó? — musitó.

— Recuerda — le aconsejó él.

— Yo estaba en un local... Tenía hambre y había entrado a tomar un bocadillo y un vaso de leche...

— Y él te dirigió la palabra.

— Sí. Recuerdo que le puse mala cara... pero luego, no sé cómo, sentí hacia él una vivísima atracción.

— Después de lo cual, la invitación a pasar un rato a solas en tu departamento no se hizo esperar.

— Es cierto — admitió Carylia, todavía perpleja—. Pero ¿por qué habría tenido yo que invitarle? Detesto a los yiffonitas...

— La leche fue el vehículo para la droga hipnótica — adivinó Shadoo.

— ¿Y lo hizo sólo para... para...? — Carylia no se atrevía a completar la frase.

Shadoo miró al caído durante unos segundos.

— Es un oficial yiffonita — dijo al cabo —. No parece lógico que te hipnotizase sólo para estar a solas contigo. Sin ánimo de ofenderte, hay en Terrex otras muchachas muy hermosas. Podía haber elegido a otra, ¿no crees?

— Ha tratado de comprometerme — exclamó Carylia.

— Eso es indiscutible, pero ¿por qué?

Carylia se acercó a un aparador y llenó dos copas de vino.

— Creo que empiezo a comprender — dijo.

El caído se agitó.

— Ya recobra el conocimiento — habló Shadoo, después de vaciar su copa.

Orglum se sentó en el suelo, evidentemente aún muy torpe y sin comprender del todo lo que le había sucedido. Shadoo le tiró sus ropas.

— Vístete — ordenó.

El yiffonita obedeció. Buscó entre sus ropajes y se sintió desconcertado al ver que le faltaba algo.

— No busques tu pistola; la tengo yo — dijo Shadoo.

* * *

Orglum se marchó sin querer declarar los motivos por los cuales había narcotizado a la joven.

— No lo entiendo — dijo ella—. Tal vez sea cuestión de instinto..., pero siempre he sentido antipatía hacia los yiffonitas. No acabo de comprender cómo pude hacer una cosa tan indigna.

— Por lo que escuché el otro día, tú no eres muy partidaria de los yiffonitas.

— En absoluto confirmó Carylia—. Si se miran bien las cosas, somos sus esclavos. Teóricamente, obedecen a la Tetrarquía, pero ¿por qué otorgarles también la administración de justicia?

Shadoo sonrió, mientras llenaba otra copa de vino.

— Vuestra existencia es demasiado blanda y muelle — dijo —. No se puede decir que en Terrex no se trabaje, pero prácticamente vivís en la holganza. Hay que hacer algunos trabajos que se podrían calificar de sucios o, más benévolamente calificados de incómodos, y los yiffonitas se encargan de ello. La presencia de yiffonitas en Terrex es el precio que pagáis por vuestra vida cómoda y sin sobresaltos.

— Lo sé, y por eso me gustaría acabar con el actual estado de cosas.

— ¿Crees que lo conseguirás? Estás sola contra cientos de millones que están de acuerdo con el modo como se vive hoy en Terrex. No conseguirás nada...

— Si despierto el espíritu de dignidad de mis compatriotas, llegaré hasta el final — alegó Carylia en tono apasionado.

Shadoo se sentó en un sillón y puso la pierna derecha sobre uno de los brazos.

— Tus palabras son solamente mera retórica — calificó con crudeza—. Sí, puede que encuentres a alguno que piense como tú pero la masa será indiferente a tus argumentos. Y los yiffonitas, por otra parte, son suficientes para ahogar en flor cualquier movimiento independentista. ¿No tienen ellos a su cargo el orden público

interior?

— Es verdad — reconoció ella en tono desanimado—. ¿Qué me aconsejas?

— ¿Yo?— rió Shadoo—. Sólo soy un extranjero. No es correcto que yo me inmiscuya en los asuntos internos de otro planeta.

Carylia le miró con fijeza.

— Me pareces recto y honesto — dijo —. Has sabido intuir que me sucedía algo..., pero ¿cómo lo adivinaste?

— No me pareció congruente el hecho de que una muchacha joven y bonita echase pestes de los yiffonitas y luego se encerrase en su casa a solas con uno de esos individuos tan detestados. Aparte, naturalmente, de la cita que teníamos concertada.

De pronto, Shadoo divisó sobre una banqueta el psicomóvil de Carylia.

— ¿Puedes enseñarme cómo funciona? — preguntó. Ella se mostró extrañada del cambio de conversación, pero accedió sin objeciones.

— Para usar el psicomóvil, es preciso ponerse el casco que, como ves, está unido al cinturón, de energía por varios cables, encerrados en un solo conducto — explicó —. Cada psicomóvil sólo puede ser usado por su dueño, ya que está graduado según la potencia eléctrica del cerebro de cada uno. Una vez colocado en la forma adecuada, basta mover el interruptor y pensar en el sitio al que se quiere uno trasladar. Entonces..., ¿ves esta palanquita?

— Sí — dijo Shadoo.

— Bien, se baja y ya está. El traslado es instantáneo.

— ¿Dentro de Terrex? Quiero decir a cualquier punto del planeta..., ¿o también hay psicomóviles interplanetarios?

— Los psicomóviles interplanetarios sólo se conceden en casos muy especiales — respondió Carylia—. Para los viajes ordinarios, empleamos astronaves, como otros seres de la galaxia. Y aun en el mismo Terrex existen infinidad de personas que carecen de psicomóvil. No les gusta, simplemente.

— Yo creí que aquí todo el mundo disponía de su psicomóvil.

— No, nada de eso. Es cuestión de gustos, simplemente.

— Y a ti te agrada disponer de un psicomóvil.

— Lo estimo necesario — repuso Carylia simplemente.

Shadoo se puso en pie y empezó a dar vueltas por la sala.

— ¿Qué miras?—preguntó Carylia, extrañada.

— Orglum te tendió una trampa y no lo hizo solamente por ti, cosa harto comprensible y aun disculpable. Su acción encerraba un doble motivo, pero ¿cuál?

— No lo entiendo — dijo la muchacha.

Shadoo se mordió los labios.

— No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que el astuto Orglum va a volver a tu departamento — dijo—. Y voy a ver si puedo resultar más astuto que él.

CAPÍTULO VII

La barrera perforó la puerta rápida y silenciosamente. Momentos después, se oyó un tenue siseo.

Un chorro de gas entró a través del orificio. Pasaron algunos minutos.

La puerta se abrió en completo silencio. Orglum asomó la cabeza y escuchó atentamente.

— No se oye nada — cuchicheó a su acompañante —. Quédate en la puerta, Gaor.

— Sí, señor — contestó el yiffonita que se había encargado de la operación de abrir paso a Orglum.

Orglum avanzó paso a paso y llegó al dormitorio de Carylia. Encendió la luz y contempló a la muchacha durmiendo plácidamente. Una ligera sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

Entró en el dormitorio y manipuló en una de las paredes durante unos segundos. Luego repitió a la inversa todas las operaciones que había realizado antes del encuentro con la joven.

— Al menos, conseguí unas cuantas imágenes muy sugestivas — se dijo.

Carylia continuaba durmiendo, sin percatarse de su presencia. Cinco microcámaras, de funcionamiento automático, volvieron de nuevo a su poder.

— El coronel estará contento — murmuró, mientras se dirigía hacia la salida.

— Ahora ya sé por qué tendió usted una trampa a Carylia — sonó de repente la voz de Shadoo.

Orglum lanzó una exclamación de asombro. Volvió la vista hacia su izquierda y divisó al coariano que asomaba tras unos cortinajes.

— ¿Qué... qué diablos quiere usted?—barbotó.

— Deme esas cámaras — pidió Shadoo, sin inmutarse.

— Sí, entrégale las cámaras — dijo Carylia a espaldas del yiffonita.

Orglum emitió otra interjección.

— ¡Tenías que estar dormida! — chilló.

Carylia lanzó una risita, a la vez que se quitaba dos pequeños tapones de las fosas nasales.

— Antinarcótico, dicho sea con una frase tal vez incorrecta — explicó.

Shadoo sonreía satisfecho.

— Deje ahí esas microcámaras y lárguese, yiffonita — ordenó.

Los labios de Orglum se contrajeron.

— Hare que le expulsen de Terrex...

— El orden público y el ejército son cosa de Yiffon + B — atajó Shadoo, impasible—, pero la concesión de pasaportes pertenece íntegramente al gobierno de Terrex. Vamos, deje ahí las microcámaras o se las quitaré a la fuerza.

Orglum lanzó un chillido:

— ¡Gaor, ayúdame!

La puerta se abrió de golpe y un yiffonita penetró en el piso. Shadoo empujó un taburete con el pie.

Gaor tropezó y cayó de bruces. Cuando se levantaba, una rodilla le golpeó con fuerza en las narices, haciéndole desinteresarse en absoluto de la lucha.

Orglum hurgó entre sus ropajes para sacar una pistola. Carylia le acometió por detrás con ambas manos.

El violentísimo empujón hizo trastabillar al yiffonita. Cuando quiso recobrar el equilibrio, tuvo que enfrentarse con los puños de Shadoo, quien le castigó la cara y él estómago con verdadera dureza.

Los dos yiffonitas, convenientemente desarmados, fueron a parar al corredor. Shadoo cerró la puerta y se enfrentó con Carylia.

— Ahí lo tienes — dijo, señalando el pequeño maletín que contenía las microcámaras.

Carylia se mordió los labios.

— No sé cómo darte las gracias...

— Desecha esa preocupación — sonrió él—. Ahora ya sabemos por qué te narcotizó Orglum. Las imágenes captadas por esas

microcámaras te hubieran mostrado en posturas muy inconvenientes. Tú perteneces a una clase muy alta, ¿no es así?

— Cierto, pero no es cosa de la que haga ostentación...

— Tú no, desde luego, pero no todos los de apellido Cero Cero A piensan como tú. Además, no te habría gustado la publicación de las imágenes.

— ¡Qué cosas dices, Shadoo! — se sonrojó ella.

— En tal caso, alguien te hubiera presionado para que abandonases tus ideas sobre los yiffonitas. ¿Lo comprendes ahora todo, Carylia?

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

— Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Shadoo — aseguró:

* * *

Jirya 9-0-I lanzó un gritito de alegría cuando, después de abrir la puerta de su departamento, vio a Shadoo en el umbral.

—¡Shadoo cariño! — exclamó, a la vez que le echaba los brazos al cuello.

Shadoo correspondió muy gustosamente a las efusiones de la joven yiffonita. Luego le entregó una cajita que traía consigo.

— ¿Qué es eso? — preguntó Jirya.

— Ábrelo y lo verás — indicó él, con la sonrisa en los labios.

Jirya levantó la tapa de la caja. Sus labios formaron una O mayúscula de asombro y placer.

— ¡Por los setenta y siete semidioses de la Segunda Galaxia! — exclamó—. ¿Qué es esto, Shadoo?

— Una reproducción de la rosa de Coar-U. ¿Te gusta?

— Es...—Jirya no sabía qué decir—. Pero ¿cómo te has molestado, cariño?

— Bueno, me pareció que debía hacerle un obsequio a una chica guapa y amable — contestó él—. En el pelo te quedará muy bien, Jirya.

— Pero es muy pesada. Todo oro y brillantes...

— En la base interna de la corola lleva un minúsculo mecanismo de antigravedad, con lo que su peso queda reducido al de una rosa natural. La batería que alimenta el mecanismo dura un año.

— Eres..., bueno, no sé qué decirte...—Jirya se sentía encantada

y conmovida al mismo tiempo—. ¿Cómo podría pagarte este obsequio tan fantástico?

Shadoo rodeó su cintura con los brazos.

— Te lo voy a indicar ahora mismo — contestó.

* * *

Más tarde, Jirya llenó dos copas de vino. Shadoo estaba reclinado sobre un diván de audaz diseño.

— Siempre me acordaré de ti — aseguró, sentándose a su lado —. Me gustaría corresponder a tu regalo...

— ¿No lo has hecho ya? — preguntó él, sonriendo.

— Oh, cariño, lo uno no tiene que ver con lo otro. Incluso sin la rosa... —Jirya le guiñó un ojo—. Tú ya me comprendes, ¿no?

— Sí, preciosa. Oye, estaba pensando en una cosa — dijo de pronto.

— ¿Puedo saberlo?

— Sí. Tu psicomóvil es absolutamente personal.

— En efecto. Nadie si no yo puede usarlo, Shadoo.

— Es una medida muy acertada. Pero lo que ya no me parece tan bien es que no se vendan psicomóviles a los extranjeros.

Jirya se encogió de hombros.

— Yo no hago la ley — contestó—. Sospecho que te gustaría tener un psicomóvil.

— Imagínate — sonrió él.

Jirya se concentró unos momentos.

— No es fácil — murmuró, después de reflexionar —. Incluso añadiría que es punto menos que imposible... pero ¿quieres dejarlo en mis manos?

— Con mucho gusto — accedió Shadoo.

— Ven a verme dentro de una semana. Antes no podré darte una respuesta definitiva. Y, por supuesto, no confíes mucho en el psicomóvil.

Shadoo la atrajo nuevamente hacia sí.

— Estoy seguro de que me conseguirás el psicomóvil — dijo, a la vez que daba comienzo a la agradable labor de mordisquear el sonrosado lóbulo de una de las orejas de la joven.

* * *

— Indudablemente, es un tipo muy listo — admitió el coronel Syk Latt.

— No se puede negar que el teniente Orglum hizo todo lo posible por conseguir las pruebas comprometedoras contra Carylia — manifestó Vzinus —. No obstante, la inoportuna intervención de Shadoo lo echó todo a perder.

— Nada hay definitivamente perdido todavía — dijo Syk Latt, alzando el índice—. Hemos perdido un par de asaltos, simplemente. Pero Shadoo no está aquí sólo como turista, lo que significa que piensa pasar bastante tiempo. Eso nos conviene sobremanera.

— ¿Qué sugiere usted, coronel?

— En primer lugar, una vigilancia implacable de Shadoo, así como de todos los nativos con quienes se relacione. Esto incluye, y de manera muy especial, además, a Carylia 0-0-A.

— Sí, señor.

— Por otra parte... Capitán, ¿se le ha ocurrido registrar el equipaje de Shadoo?

Vzinus se quedó parado.

— La verdad, señor...

Syk Latt contuvo una interjección de rabia.

— Ese registro debió ser hecho apenas llegó a Terrex — dijo—. Encárguese de ello y comuníqueme los resultados.

— Bien, señor.

— Y téngame al corriente de los menores pasos del coariano.

— Sí, señor.

Vzinus abandonó el despacho de su superior, un tanto avergonzado, por el hecho de que no se le hubiese ocurrido ordenar el registro del equipaje de Shadoo. Volvió a su oficina y, tras unos momentos de reflexión, conectó una línea privada de su radiovideófono.

Esperó varios minutos, sin impaciencia. Sabía que la persona que debía contestarle podía no hallarse en condiciones de responderle en el acto.

Al cabo de casi diez minutos, surgió en la pantalla la ratonil cara dé un sujeto, ataviado con chaquetilla blanca y hombreras doradas.

— Lo siento, capitán; estaba ocupado atendiendo a unos

extranjeros...

— No te preocupes, Dlol — sonrió Vzinus—. Ya me imaginaba que estarías ocupado. Tengo que darte instrucciones.

— Sí, señor.

— Un tal Shadoo Urv se aloja en ese hotel. ¿Lo conoces?

— Por supuesto. Es el huésped más notorio de todos los que tenemos por aquí. Las camareras...

—Deja en paz a las camareras, Dlol. Tienes que registrar su equipaje. No toques nada; en el mejor de los casos, toma fotografías de lo que consideres interesante. Y procura que todo quede como estaba, a fin de que no sospeche nada. ¿Has entendido?

— Sí, desde luego.

— No tengo prisa; quiero seguridad y buenos informes. Pero tampoco me gustan las dilaciones.

— Lo haré como dice, capitán — contestó Dlol con aire de suficiencia.

CAPÍTULO VIII

Shadoo iba muy preocupado, concentrado en sus pensamientos; por ello no se dio cuenta de que pasaba a pocos pasos de Carylia.

La muchacha quiso llamarle, extrañada de que él no la hubiese saludado siquiera. Shadoo parecía tener mucha prisa, observó.

Carylia estaba esperando a un conocido, con quien iba a tener un cambio de impresiones. El movimiento de hostilidad hacia los yiffonitas se extendía con cierta lentitud y Carylia quería acelerar el proceso, aunque harto se daba cuenta de que las precipitaciones no les convenían; podía resultarles funesto.

A la muchacha le intrigó el paso precipitado de Shadoo. Un impulso irresistible le hizo olvidarse de la cita y caminó tras él, procurando no ser advertida.

Minutos después, Carylia vio que Shadoo entraba en un bloque de viviendas de aspecto corriente. Su extrañeza aumentó.

Tras dudar unos segundos entró en el edificio. Había un conserje y se dirigió a él sin vacilar.

— He visto entrar a un extranjero — manifestó—. ¿Puede decirme adonde ha ido?

El conserje sonrió extrañamente. Carylia se sintió más intrigada todavía.

— ¿Y bien, no tiene nada que contestarme? — exclamó, impaciente.

— Mi joven señora — dijo el conserje—, temo que mi respuesta no le va a agradar a usted. Ese extranjero suele venir por aquí con alguna frecuencia. Tiene una amiga muy hermosa, todo hay que decirlo.

— Ah —-murmuró Carylia, decepcionada—. No lo sabía... ¿Quién es ella?—preguntó de repente.

— Se llama Jirya 9-0-I y trabaja en una sala de distracciones.

Carylia se mordió los labios, ligeramente sofocada. Demasiado sabía lo que significaba el eufemismo de «sala de distracciones».

— Gracias — dijo secamente.

Y se fue, despechada y furiosa, aunque sin conocer exactamente los motivos.

Mientras, Shadoo había llegado al departamento de Jirya.

— Aquí estoy, preciosa — dijo, apenas ella abrió la puerta.

Jirya le saludó con la efusión de costumbre. Luego llenó dos copas de vino y le hizo sentarse en un diván. Ella lo hizo en el brazo del mueble, junto a su huésped.

— Tengo la solución para tu problema — dijo.

— Muy interesante — sonrió Shadoo—. ¿Puedo conocerla?

— Sí. Se llama... dos millones de tu moneda.

Shadoo pegó un brinco de sorpresa.

— ¡Dos millones! — exclamó.

— Lo que oyes, cariño. Créeme, yo no quiero una sola centésima para mí. Pero tienes que darme esa suma o no podrás conseguir el psicomóvil.

— Jirya, yo creía que en Terrex estaba abolido el dinero...

— Y lo está. Tenemos de todo gratuitamente, pero hay cosas que, a veces, resultan imposibles de conseguir.

— Por ejemplo...

Ella suspiró.

— En este maldito planeta existe un estúpido sistema de castas, muy rígido según algunas personas que viven con la cabeza en las nubes. Yo tengo un amigo que está enamorado de una chica. Él es un Y. Ella es una B; no sé si me entiendes...

— Hasta cierto punto, Jirya — contestó Shadoo.

— Mi amigo y su novia se quieren, pero temen tropezar en el futuro con la incomprensión de los pertenecientes a las castas A y B, por lo menos. Naturalmente, tratan de irse a un lugar donde la gente no se preocupe de tan absurda discriminación.

— Voy comprendiendo, Jirya. Necesitan dinero.

— Exactamente, Shadoo.

— ¿Quieres decir que ese amigo tuyo está dispuesto a venderme su psicomóvil?

— No. Tu suerte estriba en que él no tiene aún psicomóvil. Es uno de los muchos que carecen de psicomóvil. Ni siquiera se ha

hecho el electroencefalograma previo, sin el cual no se concede el uso del aparato.

— Ah, ya entiendo.

— El asunto consiste, pues, en tomar tu encéfalo-grama y hacerlo pasar por el de mi amigo. Una vez tenga éste su psicomóvil, te lo entregará, a cambio de los dos millones.

Shadoo meditó unos instantes.

Luego dijo:

— Espero que no se produzcan accidentes desagradables. ¿No es necesario presentarse en persona para la obtención de ese electroencefalograma?

— En absoluto. Basta presentar la tarjeta con el resultado y entonces se, gradúa la frecuencia del psicomóvil. Mi amigo llevará la tarjeta como si fuese suya y le entregarán el aparato, que luego pasará a tus manos.

— ¿Cuándo?

— Mañana, a estas horas, vendrá él con el electroencefalógrafo.

Shadoo pensó en el maravilloso aparatito que se había traído consigo, capaz de darle todo lo que pudiera necesitar, salvo un psicomóvil.

— Conforme. Mañana, a estas horas, me tendrás aquí con los dos millones en moneda coariana — aseguró.

* * *

Dlol esperó casi un cuarto de hora después de que hubo visto salir a Shadoo del hotel. Una vez estuvo seguro de que el coariano no volvería, dio una excusa cualquiera a su jefe y subió al cuarto de Shadoo.

Inmediatamente dio comienzo al registro, rápido, pero minucioso. A punto de terminar, divisó un maletín que parecía contener los objetos de aseo.

Dlol abrió el maletín. Le chocó verlo vacío.

— ¡Qué raro! —murmuró.

Estudió el maletín durante unos momentos, dándole vuelta en todos los sentidos. Si había doble fondo, no se veía por ninguna parte.

No obstante, le pareció que uno de los costados era algo más

grueso de lo corriente. Lo tanteó con hábiles golpecitos de las yemas de sus dedos, sin encontrar el menor sonido a hueco.

De repente su índice chocó con un resorte habilísimamente disimulado. Se oyó un fuerte chasquido.

Dlol dio un salto atrás. Algo zumbó oscuramente.

El maletín vibró con fuerza. Dlol estaba muy asustado.

De súbito, el maletín empezó a crecer, a crecer, a crecer... Su tamaño aumentó enormemente, hasta tomar el aspecto de una gran caja con forma de paralelepípedo, de unos dos metros de altura por uno de frente y otro tanto de fondo.

Dlol estaba atónito. Aquel fenómeno le resultaba incomprensible.

En la fachada del aparato surgido de manera tan misteriosa, había un pequeño cuadro de mandos, con algunas teclas. Repuesto en parte de la sorpresa, Dlol se acercó al cajón y estudió los mandos.

Había una tecla verde. Intrigado, hizo presión con el dedo en ella.

Una puerta se abrió, dejando ver un hueco oscuro. Dlol, consciente de su obligación, entró a través de la puerta, que se cerró automáticamente a su espalda.

Dlol se aterró al verse en una oscuridad total. Con los puños, golpeó la puerta, a la vez que chillaba frenéticamente pidiendo socorro.

De repente, oyó un fuerte chasquido y sintió como una potente descarga eléctrica. Se mareó un poco, pero casi en seguida se sintió bien de nuevo.

Un chorro de luz surgió a sus espaldas. Dlol giró en redondo y vio abierta la puerta posterior del aparato. Sin pensárselo dos veces, se precipitó a través del hueco.

Alguien salió corriendo tras él y lo atropelló. Dlol lanzó un chillido de pánico al sentirse arrojado al suelo. El otro hombre, no menos aterrado, cayó también.

El miedo puso una gran fuerza en los puños de Dlol, que empezó a golpear al otro individuo, hasta que, de pronto, oyó una voz que le increpaba ásperamente:

— ¡Párate de una vez, idiota! ¡Me estás haciendo daño!

Dlol se sentó en el suelo y luego se puso en pie. El otro se había

levantado también.

Los dos individuos se contemplaron estupefactos un instante. Luego, Dlol sintió que todo le daba vueltas y cayó de espaldas.

— ¡Qué estúpido! —dijo el otro—. ¡Se ha desmayado!

* * *

Shadoo llegó a su cuarto del hotel. Abrió la puerta y lo que vio le cortó la respiración en el acto.

Un grueso taco brotó de sus labios.

— Pero ¿quién diablos...?

La habitación estaba vacía. Sin embargo, el gran cajón se hallaba en el centro.

Shadoo reflexionó unos momentos. No tardó en imaginarse lo ocurrido.

La estancia en el hotel se hacía insostenible. Debía abandonarlo, se dijo, pero ¿adónde ir?

Era el único hotel para extranjeros en la capital de Terrex. Le estaba prohibido solicitar un departamento privado.

Pero nadie le prohibía que pidiese alojamiento a algún conocido. Shadoo se acercó al cajón y manipuló en los controles.

Un minuto después, el cajón había sido sustituido por el maletín. Shadoo no perdió más tiempo; agarró el maletín y abandonó el cuarto.

Treinta minutos más tarde, llamaba a la puerta del departamento de Carylia. Lo joven abrió y, al reconocerle, le miró con expresión hostil.

— ¿Puedo servirte en algo? — preguntó.

Shadoo, preocupado, no reparó en el tono poco amable de la muchacha.

—Necesito que me hagas un favor — dijo.

Ella vaciló. A Shadoo le extrañó su actitud reticente.

— Creí que te considerabas mi amiga — dijo.

— Pasa — accedió ella al cabo—. ¿Qué te ocurre?

— Han estado registrando mi equipaje — contestó él—. No me extraña que lo hicieran; incluso creí que lo habrían hecho ya. Pero hoy han descubierto algo que yo quería mantener en el más absoluto secreto.

— ¿De qué se trata? — preguntó la muchacha.

— Traje un duplicador. Ellos lo han descubierto.

Carylia enarcó las cejas.

— ¿Un duplicador? ¿Qué es eso? — exclamó, sorprendida.

— Bueno, en realidad, debería llamarse repetidor. Es un aparato capaz de repetir cualquier cosa.

— ¿Y lo tienes aquí?

Shandoo levantó un poco el maletín.

— Aquí está — respondió.

Carylia se pasó una mano por la frente.

— No sé si estoy bien... o mis oídos funcionan mal...

El coariano se echó a reír.

—Has oído perfectamente — dijo—. Pero ya no puedo seguir en el hotel.

— Y quieres que yo te esconda.

— Sí.

— Shadoo, en cuanto averigüen tu desaparición, lo primero que harán será venir aquí a buscarte.

— Ya me lo imagino. Por eso te pido que me ayudes... con un buen escondite.

Carylia se mordió los labios, irresoluta.

— Está bien — dijo Shadoo —, no te preocupes. Siento haberte molestado; ya encontraré quien me ayude a esconderme.

— Jirya 9-0-I— dijo Carylia, antes de darse cuenta de que cometía una imprudencia.

— Sí, ¿cómo lo sabes? — preguntó él, extrañado.

— Eso... eso no importa — contestó Carylia, tratando de eludir una respuesta definida—. Lo sé y basta.

— Escucha, Jirya es una buena amiga mía. No sé por qué ha de irritarte...

— La has conocido en la sala de distracciones donde trabaja, ¿verdad? Claro, es lógico que un turista visite uno de esos lugares, donde los ociosos pasan el tiempo en compañía de chicas hermosas y amables.

Shadoo apretó los labios.

— Basta — cortó secamente—. Lo que haga Jirya no me importa en absoluto; ella es una amiga sincera y está dispuesta a ayudarme, sin necesidad de que yo la haya salvado de ningún grave

compromiso, cosa que, por lo visto, no te sucede a ti. ¡Adiós, Carylia!

Ella se quedó muy sorprendida por la enérgica reacción de su visitante. De pronto, comprendió la razón de aquellos reproches y corrió detrás de Shadoo.

— ¡Aguarda, no te vayas! —suplicó—. Tienes que dispensarme, te lo ruego. Me sentía un poco..., bueno, enfadada, pero comprendo que no tengo motivos para coaccionar tu libertad de movimientos. Dime lo que te sucede y te ayudaré incondicionalmente.

Shadoo se detuvo y la miró, con expresión sonriente.

— De acuerdo — dijo.

CAPÍTULO IX

Carylia se sentía estupefacta.

— ¿Y ese maletín contiene el repetidor? — preguntó.

— Sí. En realidad, el aparato está situado en otra dimensión; su tamaño no varía, pero sí el del sector del espacio en que está contenido. No sé cómo explicártelo con palabras sencillas; es como si tú fueses a parar a un mundo cuyos habitantes midiesen diez o doce centímetros de estatura y la distorsión del campo espaciotemporal de ese planeta redujese tus proporciones corporales...

— Ahora ya lo entiendo un poco — sonrió ella—. En resumen, cuando haces funcionar los mecanismos, el duplicador aparece en su tamaño natural.

— Sí, y entonces el duplicador puede trabajar. Una vez repetido lo que se desea conseguir, se manejan los controles en sentido inverso y el aparato vuelve a la otra dimensión.

— Perfectamente. De modo que alguien ha hecho funcionar el duplicador.

— Me lo encontré de su tamaño natural al regresar al hotel. No sé qué habrá ocurrido con el que lo hizo funcionar, pero me pareció lo más prudente escapar de allí.

Carylia entornó los ojos.

— Un escondite — murmuró—. No va a ser difícil. Si, al menos, tuvieras un psicomóvil...

— Precisamente para eso quiero el duplicador. Voy a conseguir un psicomóvil, Carylia.

Ella mostró un asombro enorme al conocer la noticia.

— Increíble — dijo.

— ¿Me denunciarás? — preguntó Shadoo, sonriendo.

— Es... es un secreto que no debe salir de Terrex...

— Óyeme bien, Carylia. Terrex quiere invadir mi planeta y conquistarlo. Yo sólo trato de evitarlo. Tú misma eres de la opinión que estas cosas no deben suceder. Si no me ayudas...

— ¿Y crees que el psicomóvil te ayudará a evitar la invasión?

— Indudablemente, puesto que así podré conocer los planes del Estado Mayor de los yiffonitas.

Carylia guardó silencio unos instantes.

Luego dijo:

— Tengo el escondite apropiado, Shadoo. ¿Cuándo tendrás el psicomóvil en tu poder?

— No lo sé todavía. Mañana me tomarán el electroencefalograma...

Shadoo explicó el plan con todo detalle. Cuando hubo terminado, Carylia dijo:

— Hasta que no tengas el psicomóvil, no podremos ir a mi satélite privado. Mientras tanto, ¿no podríamos escondernos en el duplicador?

— ¿En la otra dimensión?

— Sí. Es decir, si lo puedes manejar mediante control remoto...

Shadoo emitió una brillante sonrisa.

— Soy un bruto — dijo—. Esa idea no se me hubiera ocurrido a mí ni en cien mil años. ¿Tú también quieres esconderte conmigo?

— Si no te importa, claro. Resultaría una aventura fascinante — contestó la muchacha.

— Está bien, pero si lo hiciéramos aquí, el maletín quedaría a la vista y podríamos sufrir luego serios perjuicios. Tendremos que ir a un sitio donde no encuentren el duplicador.

— Perfectamente. Nos iremos ahora mismo..., mejor dicho, después de que yo haya preparado algo de comida para soportar veinticuatro horas metida en ese cajón — dijo Carylia llena de entusiasmo.

* * *

El capitán Vzinus sonrió ampliamente al ver a su espía.

— Entra, entra, Dlol — dijo en tono lleno de amabilidad—. Sospecho que me traes buenas noticias, ¿no es así?

— ¿Buenas noticias? ¡Son horribles, capitán! Vzinus se quedó

atónito.

— Pero ¿qué diablos te pasa, Dlol?—preguntó.

— Capitán, usted me conoce bien y conoce mi historial y circunstancias personales, ¿no es así?

— Hombre, Dlol, qué cosas tienes... Pero ¿qué rayos te pasa?

— Capitán — dijo el espía, en tono plañidero —, ¿por qué me ordenó registrar el equipaje del coariano? Ahora no sé si yo soy yo... o él es yo...

— Pero ¿querrás explicarte de una vez? Vamos, habla, dime qué te sucede...

—Capitán, ¿ha oído hablar alguna vez de una máquina que duplica las cosas... y también las personas?

Vzinus empezó a dudar del buen estado mental de su subordinado. Antes de que pudiera decir nada, Dlol se acercó a la puerta del despacho, la abrió y declaró:

— ¡Entra, tú!

Los ojos de Vzinus amenazaron con saltarse de sus órbitas cuando vio aparecer ante sus ojos un exacto duplicado del espía.

— ¡Eh! ¿De dónde has sacado eso? — gritó.

— ¿Cómo que de dónde lo he sacado...? — chilló el recién llegado—. "Yo" soy Dlol y él no es sino mi doble...

— ¡Dlol soy yo! — bramó el otro.

— ¡Yo, yo, yo...!

— ¡YO, YO, YO...!

Vzinus se tapó los ojos.

— Voy a volverme loco — gimió, mientras, ajenos a su desconcierto, los dos Dlol pasaban de las palabras a los hechos y se arremetían con tremendo furor, ansiosos de probar que cada uno de ellos era el auténtico personaje que había entrado en el cuarto del hotel ocupado por el coariano.

* * *

Carylia llegó a la sala, con una bolsa en las manos. Shadoo estaba junto a una ventana, contemplando la calle.

— Ya estoy lista — dijo.

— Aguarda un momento — pidió Shadoo—. Nuestro amigo Syk Latt tiene un espía frente a la casa. Debemos deshacernos de él.

Carylia se acercó a la ventana. Shadoo extendió una mano.

— Cuidado — murmuró—. Hay que hacer algo... Carylia, ¿está muy lejos el lugar donde vamos a pasar estas veinticuatro horas?

— Fuera de la ciudad, a...

— Trázame un croquis. Saldremos separados y nos reuniremos allí. Es preciso despistar al observador.

— Muy bien, Shadoo.

Cinco minutos más tarde, Shadoo tenía un croquis en la mano. Lo examinó durante algunos instantes y luego dobló el papel, para guardarlo en uno de sus bolsillos.

— Sal tú primero, y camina durante quince minutos, más o menos. Nos reuniremos al final de la Octava Perspectiva.

— De acuerdo.

La muchacha salió de la casa. Shadoo esperó unos minutos y luego puso en acción el psicodisfraz.

Cuando abandonó el edificio, tenía el aspecto de un hombre de edad bastante avanzada, que necesitaba un bastón para caminar. El espía le dirigió una mirada indiferente y luego continuó su acción de vigilancia.

* * *

Los dos Dlol, jadeantes y agotados, cesaron de pelearse. Uno de ellos miró a Vzinus.

— Capitán, diga cuál de nosotros es el auténtico Dlol...—pidió con acento suplicante.

— Ahora vendrá el coronel Syk Latt. Él decidirá — contestó Vzinus, quien, aprovechándose de la pelea, había llamado a su superior.

Syk Latt hizo su aparición minutos más tarde.

— ¿Qué sucede, capitán? ¿Por qué me hace venir aquí, en lugar de acudir usted a mi despacho?

Vzinus señaló hacia los gemelos.

— Fíjese en eso, señor — dijo.

Syk Latt frunció el ceño.

— ¿Qué pasa? Veo dos hermanos gemelos...

— No, señor, no son gemelos.

Hubo un momento de silencio. Luego, Vzinus explicó al coronel

todo lo ocurrido.

Syk Latt se sintió desmoralizado por un instante.

— Es decir, que ese condenado Shadoo puede reproducir cualquier cosa...

— Excepto un psicomóvil, todo, señor — corroboró Vzinus fríamente.

— ¿Por qué no, capitán?

— Por la sencilla razón de que todos los psicomóviles serían absolutamente iguales; es decir todos ellos estarían ajustados a la misma frecuencia electroencefalográficas que el original. Pero el duplicador puede causarnos graves trastornos si no lo solucionamos pronto.

— Eso es cierto — convino Syk Latt—. ¿Dónde está Shadoo ahora?

— Acabo de recibir un informe. Shadoo se encuentra en casa de Carylia. Ella ha salido, pero él sigue en su departamento.

— Capitán, no podemos perder más tiempo. Envíe a alguien para liquidar a Shadoo a cualquier precio y por todos los medios.

— Sí señor; precisamente había pensado en lo mismo — contestó Vzinus—. Estos dos muchachos pueden encargarse de la tarea.

— ¿Qué harán después con nosotros? — preguntó ansiosamente uno de los Dlol.

— Irán al quirófano y se les cambiará el aspecto físico. ¿Les parece bien?

— ¿Y la mente? — preguntó el otro Dlol.

— Terrex es grande. Pueden vivir separados. Es todo cuanto podemos hacer por ustedes.

— Está bien — aceptó el primer Dlol—. ¿Qué es lo que debemos hacer?

Vzinus abrió el cajón de su mesa y sacó dos enormes pistolones.

— Hay que acabar con Shadoo — declaró escuetamente.

Minutos después, el coronel y su acólito se quedaban solos.

— Vzinus, tendremos que resolver el problema de esos dos gemelos — dijo Syk Latt —. No podemos consentir que se divulgue el secreto del duplicador.

—Ese asunto está ya solucionado, señor — sonrió Vzinus—. Cuando los dos Dlol empiecen a disparar..., ¡ejem, ejem!—tosió

cínicamente.

— ¿Qué les pasará?

— Las pistolas están cargadas con cartuchos térmicos. Al primer disparo, el aire del departamento se incendiará y la temperatura alcanzará varios miles de grados. Pero será un fuego brevísimo, lo suficiente para abrasarlos en un instante, sin que el resto del edificio quede dañado. Sin embargo, todo cuanto haya en el interior del departamento resultará calcinado instantáneamente.

CAPÍTULO X

— Aquí — dijo Carylia.

La muchacha se había detenido en el fondo de una vaguada, cubierta de espesos matorrales. El lugar estaba completamente solitario.

— Muy bien — aceptó Shadoo la decisión de Carylia.

Ella contempló con curiosidad las operaciones. Su asombro se hizo patente al ver surgir del maletín aquel enorme cajón de metal mate.

— No se puede decir que en Coar-U vivan muy atrasados — comentó.

Shadoo sonrió satisfecho.

— Aún no hemos llegado a la psicomoción — contestó. Y presionó la tecla que hacía funcionar la puerta—. Entra, por favor.

Carylia franqueó el umbral. Shadoo la siguió en el acto.

Ella protestó:

— ¡Eh, esto, queda muy estrecho!

— Lo siento; no se construyó el duplicador para escondite.

— ¿Y hemos de permanecer aquí durante veinticuatro horas?

— ¿No quedamos en que era la mejor solución?

Shadoo y Carylia estaban muy juntos, pegados literalmente el uno al otro.

— Ahora empiezo a dudarlo — contestó ella, sonriendo—. Tú, no te ciñas tanto, aprovechón.

— Lo siento...

— No lo sientes, mentiroso.

Shadoo lanzó una alegre carcajada.

—En efecto, no lo siento — admitió—. A ver, procura apretarte un poco hacia atrás; voy a ver si manejo el mando para pasar a la otra dimensión.

Carylia se contorsionó un poco, a fin de permitir los movimientos del joven. De súbito, uno de sus codos rozó inadvertidamente con un saliente.

Algo chispeó con gran resplandor en el interior del aparato. Carylia sintió que una fuerza irresistible la lanzaba a lo lejos y se encontró rodando por el suelo.

Shadoo cayó junto a. ella. Carylia quedó aturdida unos momentos.

— ¿Eh, qué ha ocurrido aquí? — dijo él, desconcertado.

Se sentó en el suelo. Parpadeó, estupefacto por lo que estaba viendo.

— Increíble — murmuró.

Carylia se sentó también.

— ¿Dónde estamos? —preguntó.

— Pues...

Shadoo no sabía qué contestar.

Estaban en el centro de una vasta llanura que no parecía tener límites en ningún sentido. El cielo era de un tétrico color gris, sin la menor variación en su tonalidad. En cuanto al suelo, estaba cubierto de algo que parecía una hierba muy fina y de escasamente cinco centímetros de altura y de un deprimente tono verdoso sucio. No se advertía la menor irregularidad; el suelo era absolutamente liso, como la superficie de una mesa de dimensiones infinitas.

— Pero ¿qué pasa aquí? ¿Adónde hemos ido a parar?

Shadoo contempló estupefacto la caja de control remoto que, por fortuna, había quedado en sus manos.

— ¿Has tocado tú algo en el interior del duplicador?

— preguntó.

— ¿Yo? Bueno..., creo que rocé con el codo algo que sobresalía, pero no estoy segura...

Shadoo emitió una maldición en voz baja.

— Estamos fuera de nuestra dimensión normal — dijo.

— Pero ¿no era eso lo que buscábamos? — argumentó ella, con no poca lógica.

— Sí, aunque no fuera del duplicador — respondió Shadoo.

Carylia se puso en pie.

— Pues, mira, lo prefiero, porque allí dentro me sentía muy incómoda — declaró.

— Todo eso estaría muy bien, si no fuera porque ignoro en absoluto adonde hemos ido a parar, Carylia — declaró Shadoo dramáticamente.

* * *

— ¿Coronel? — llamó Vzinus.

— Diga, capitán.

— Malas noticias, señor.

La mandíbula de Syk Latt se contrajo.

— Desde que llegó ese condenado Shadoo no hago más que escuchar malas noticias — bramó—. ¿Cuál es la de turno, Vzinus?

— Los dos Dlol han vuelto. Shadoo había desaparecido de la casa de Carylia.

— Es decir que ese sujeto duplicado sigue vivo... siguen vivos aún.

— Sí, señor.

Las dos voces temblaban, si bien cada una por motivos diferentes: Vzinus de pánico; la del coronel, de ira.

— Vzinus — dijo Syk Latt—, ¿ha oído hablar alguna vez del llanto de un yiffonita?

— No, mi coronel, jamás. Los yiffonitas no lloramos...

— Creo que yo voy a ser la excepción — le interrumpió Syk Latt en tono mordaz—. Estoy a punto de echarme a llorar de rabia.

— Señor, hago lo que puedo...

— Vzinus, es usted un buen colaborador, aunque a veces se pasa de la raya. En sentido negativo, por supuesto. Está bien, Shadoo no se encontraba en casa de Carylia, pero dígame, ¿no ha hecho más amistades en Terrex? ¿Es Carylia la única persona nativa a la que ha conocido?

Vzinus dudó un momento.

— Ha visitado con cierta frecuencia a una tal Jirya 9-0-I...

— ¿Quién es esa Jirya, capitán?

— Está empleada en una sala de distracciones, señor.

— Y, por lo visto, en sus horas libres "distraía" también a nuestro hombre, ¿no es así?

Vzinus no dijo nada. La respuesta se sobreentendía sin necesidad de palabras.

— Iré a hablar con Jirya — dijo, tras una leve pausa.

— Hará algo mejor, capitán. Esa clase de chicas suelen conocer bastante bien las andanzas de sus amigos ocasionales. Pero no va a dar un escándalo en su propio domicilio. Tráigala al cuartel general, ¿me ha entendido?

— Sí, coronel.

— Asegúrese el golpe. No falle y, sobre todo, sea discreto. Debemos evitar cuidadosamente todo lo que sea herir la susceptibilidad de los terrexitas. Va a proceder usted a una detención ilegal y si esa chica armase un alboroto, podríamos vernos en un aprieto.

— Descuide, señor. Ah, ¿qué hacemos con los dos Dlol?

— Déjelos por el momento, aunque debe recomendarles que guarden silencio. En todo caso, que simulen ser realmente hermanos gemelos. No conviene que se divulgue el secreto del duplicador de Shadoo..., aparato que, por otra parte, me gustaría tener en mi cuartel general.

— No sería mala idea, coronel — admitió Vzinus, algo más tranquilizado—. De todas formas, Jirya nos dirá dónde está Shadoo, lo que significa que también sabremos encontrar el duplicador.

* * *

La "llamada" por el control remoto resultó inútil.

— Nada, no se materializa — dijo Shadoo.

Carylia estaba a punto de romper en llanto.

— ¿Qué haremos en esta dimensión desconocida? — preguntó —. No hay nada de nada...

— Si por lo menos tuviese aspecto de isla desierta — suspiró el joven—. Pero, en todo caso, es una isla infinita perdida en un espacio infinito. Podría decirse que es una no-dimensión, ¿comprendes?

— Entonces, nosotros no-somos..., no-existimos.

— Existimos sin existir. Es una paradoja espacio-temporal de difícil explicación, y — Shadoo volvió a suspirar — más valdrá que no volvamos a preocuparnos de ello. Lo que nos interesa es salir de aquí.

Carylia se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas.

— Shadoo perdóname — dijo, muy afligida.

— Quizá mi idea no era buena — contestó él, ceñudo.

Una nueva intentona dio análogo resultado. Cansado, Shadoo se sentó en el suelo.

— Esperemos — dijo—. Conviene que nos serenemos, a ver si damos con la idea adecuada.

Fijó los ojos en la muchacha. Carylia llevaba puesto su psicomóvil.

— Nunca he visto con detalle uno de esos cacharros — dijo—. ¿Quieres dejármelo un momento?

— Sí, claro.

Carylia se quitó el casco y soltó el cinturón. Shadoo tomó el conjunto y lo examinó atentamente.

— ¿Cómo funciona? —preguntó.

Ella se le acercó un poco, quedando arrodillada a su lado, a fin de enseñarle mejor el funcionamiento del aparato. De pronto, lanzó una interjección.

— ¡Está conectado, Shadoo!

— ¿Es peligroso?—preguntó él.

— No, sino todo lo contrario. El único inconveniente es el consumo de la batería de alimentación, pero dura muchísimo tiempo...

Shadoo frunció el ceño.

— ¿Desde cuándo lo tienes conectado? — preguntó.

— Pues... No sé, no sabría decirte... Es posible que lo haya conectado yo sin darme cuenta...

— O yo, cuando te quejabas de que me ceñía demasiado — sonrió él —. El interruptor de contacto está aquí, ¿no es eso? — señaló Shadoo.

— Sí, justamente.

Shadoo volvió a sonreír.

— Desconéctalo, ¿quieres?

La muchacha obedeció. En el mismo instante, brilló un vivísimo fogonazo, a la vez que se escuchaba un sordo "plop".

Carylia levantó un brazo, como para protegerse de algo que había surgido inesperadamente a su lado, casi encima de ella. Vio el artefacto y lanzó un chillido:

— ¡Shadoo, el duplicador! ¡Ha vuelto!

— No — contestó el joven tranquilamente —; nos ha seguido.

* * *

Bostezando, casi dando traspiés, Jirya, ataviada con un transparente camisón, cruzó la sala, preguntándose por qué Shadoo llamaba a su casa cerca del amanecer. Abrió la puerta y, en el mismo instante, un hombre la empujó con violencia hacia el interior.

— ¡Silencio! — amenazó Vzinus —. Ni un grito o te mato.

Jirya se quedó atónita, incapaz de reaccionar en los primeros momentos. Detrás de Vzinus entraron dos sujetos vestidos de color gris acero.

— Vístase — ordenó el yiffonita—. Tiene que acompañarnos.

— ¿Adonde? — preguntó la muchacha, que ya empezaba a reaccionar.

— No haga preguntas. Ya lo sabrá en su momento...

— Alto ahí — dijo Jirya enérgicamente—. Soy una ciudadana terrexita. Conozco muy bien mis derechos y entre ellos figura la de no ser arrestada sin la orden de una autoridad competente, precisamente terrexita, dado que no he sido sorprendida cometiendo un delito. ¿Dónde está ese documento?

Vzinus le enseñó su pistola.

— Aquí — contestó brutalmente—. ¿No le parece convincente este argumento?

Jirya se mordió los labios. Empezaba a temer lo peor. Sin embargo, se esforzó por mantener la serenidad.

— De acuerdo — contestó —. Un argumento muy persuasivo. Pero no puedo ir así, con esta ropa. Permita que me cambie y que me arregle un poco.

— No hay inconveniente — accedió Vzinus con fingida cortesía.

Jirya volvió al dormitorio. Mientras se cambiaba de ropa, reflexionó rápidamente.

Shadoo vendría por la mañana. Tenía que ganar tiempo como fuese, hasta que encontrara su mensaje.

Al cabo de unos minutos, entró en el cuarto de baño. Los esbirros de Vzinus no perdían uno solo de sus movimientos, pero cuando uno de ellos quiso seguirla allí, Jirya le dio con la puerta en

las narices.

— Hasta ahí podríamos llegar — dijo, con enojo no fingido del todo.

Momentos después, volvía a la sala.

— Estoy lista, capitán — manifestó.

Vzinus se acercó a ella con un pañuelo en la mano.

— Lo siento, pero no puedo consentir que grite — dijo.

Jirya se dejó amordazar. Aparentaba serenidad, pero, interiormente, estaba convencida de vivir las últimas horas de su existencia.

CAPÍTULO XI

— Hemos pasado unos momentos muy amargos, pero, al menos, hemos aprendido una cosa muy útil: el psicomóvil no se puede tener en funcionamiento, mientras el duplicador está en actividad — dijo Shadoo.

— No lo repetiré más — prometió Carylia—. Pero ¿de veras fue ésa la causa?

— Indudablemente — afirmó él —. La interferencia de las ondas fue lo que provocó el desfase accidental de mi duplicador, lanzándonos a aquella no-dimensión.

— ¡Pero si las ondas de psicomóvil son de una potencia muy pequeña!

— Las que llegan al casco, procedentes de tu mente, sí, indudablemente; sin embargo, no debes olvidar que luego atraviesan por un transformador de potencia, que las multiplica miles de veces. Tanto tu psicomóvil como mi duplicador necesitan enormes cantidades de energía para su funcionamiento. ¿Lo comprendes ahora?

— Sí, desde luego, aunque... en aquellos momentos yo no pensaba en ir a ninguna parte.

— Y a ninguna parte fuimos — sonrió Shadoo—. ¿Qué es la no-dimensión sino "ninguna parte"?

Carylia estalló en risas. Luego, de pronto, se puso seria.

— La verdad, lo que nos ha pasado no es ninguna broma — dijo. Y ya llegaban ante la puerta de Jirya, por lo que dejaron la conversación.

Shadoo llamó sin recibir ninguna respuesta.

— ¡Qué extraño! —murmuró—. Habíamos quedado citados para esta hora.

— Llama de nuevo — aconsejó Carylia.

El silencio continuaba. Impaciente, Shadoo hizo girar el pomo y la puerta se abrió.

— Ésta es una de las ventajas de vivir en Terrex — dijo —. Se fabrican cerraduras, pero no se emplean. ¡Jirya!

— No está en casa — dijo la muchacha.

— Vamos a ver si le ha sucedido algo.

Registraron la casa. De súbito, Carylis lanzó un grito:

— ¡Shadoo, ven!

El joven corrió hacia el cuarto de baño. Carylia señalaba con la mano un espejo de cuerpo entero.

— Lee — indicó la joven.

Shadoo obedeció:

— "Volx 3-3-Y, 4.ª Al. 7.º Nivel, 38 E. Me han detenido los yiffonitas..." ¡Eso es obra de Syk Latt! — rugió.

— Indiscutiblemente — convino Carylia sin pestañear—. Por fortuna, pudo dejarnos antes un mensaje... del que no entiendo una palabra, dicho sea con sinceridad.

Shadoo reflexionó unos instantes.

— Ya está — dijo al cabo—. Volx 3-3-Y es el joven que quiere abandonar Terrex. Me lo supongo por la letra final tan baja. Su novia es una de la clase B y la familia se opone a un enlace tan desigual.

— ¡Qué absurdo! — exclamó Carylia.

— Cosas de vuestro sistema social — contestó él—. ¿Qué significa "A1"?—preguntó.

— Alineación — explicó Carylia —. Los que pertenecen a las clases de la N a la Z viven en Alineaciones; los demás, en Avenidas y Perspectivas.

— ¡Mundo clasista y detestable! —bufó Shadoo—. Vamos, tenemos que encontrar a Volx antes de que sea demasiado tarde.

Agarró una toalla y limpió el espejo con cuidado. Cuando salían, preguntó:

— Carylia, ¿tú sabes adonde han podido llevar a Jirya?

— No hay más que un sitio y...—la voz de la muchacha tembló ligeramente—. A decir verdad, no tengo esperanzas de que salga de allí con vida.

Volx 3-3-Y se disponía a salir de su casa, muchísimo más modesta que la de Jirya, cuando se encontró de frente con una

pareja de jóvenes, uno de los cuales llevaba un maletín en la mano.

— Usted es el amigo de Jirya — dijo Shadoo sin más preámbulos.

— Sí — admitió Volx—. ¿Quiénes son ustedes?

— Jirya ha sido arrestada. No obstante, pudo dejar su dirección; por eso hemos venido aquí, en lugar de acudir usted a su casa.

Volx miró a la pareja con desconfianza.

— Jirya sólo me habló de un hombre — dijo.

— No se preocupe — sonrió Shadoo —. Carylia no le planteará problemas.

— Es una A — murmuró Volx en tono rencoroso.

— Yo no tengo la culpa de ello, Volx — terció la aludida—. Y, créame, detesto tanto como usted este estúpido sistema de castas. Queremos ayudarle, se lo aseguro.

Shadoo tocó con la mano el maletín del duplicador.

— Aquí están los dos millones que usted necesita — dijo—. Créame, usted y su chica vivirán muy felices en Coar-U.

La expresión de Volx se suavizó.

— Entren — dijo—. Precisamente ahora me disponía a ir a casa de Jirya, para tomarle a usted el electroencefalograma.

— Muy bien — contestó Shadoo—. Ésa es una operación que se puede realizar aquí mismo. Volx, ¿se encargará usted de conseguirme el psicomóvil?

— Lo tendrá usted a las veinticuatro horas de haber obtenido el electroencefalograma — afirmó el terrexita.

Una hora más tarde, Volx disponía de dos cosas: una tarjeta, con el electroencefalograma de Shadoo y dos paquetes, cada uno de los cuales estaba compuesto por mil billetes de papel aurificado. Cada billete valía mil créditos coarianos.

— Y ahora — dijo Shadoo—, voy a ver si llego a tiempo de salvar a la pobre Jirya.

— Te reconocerán en seguida — alegó Carylia, aprensiva.

Shadoo sonrió.

— ¿No recuerdas ya que nos detuvimos en el camino, para adquirir un par de pilas para mi psicodisfraz?

Carylia contuvo el aliento. Shadoo rogó:

— Por favor, guarden los dos diez minutos de absoluto silencio. Necesito concentrarme.

Al término del plazo señalado, Carylia lanzó un grito de asombro:

— ¡Coronel Syk Latt!

El hombre vestido de gris acero, sonrió.

— Sólo lo aparento — dijo —. Pero sigo siendo Shadoo Urv, de Coar-U.

* * *

Los soldados que estaban charlando en la sala se pusieron en pie al ver entrar a un hombre muy conocido y saludaron rígidamente.

— ¿Dónde está la prisionera?—preguntó Shadoo.

— Un momento, señor; llamaré al oficial de guardia...

Uno de los soldados echó a correr. Momentos después, comparecía de nuevo, seguido de un oficial, que saludó también con gran respeto.

— Teniente Orglum, señor — se presentó—. ¿Puedo serle útil en algo?

— Ah, teniente — dijo Shadoo, con ficticio acento de intrascendencia—, he oído hablar bastante de usted. ¿Qué me dice de la prisionera?

— Lo siento mucho, señor. Todos los esfuerzos han resultado inútiles.

Shadoo alzó una ceja, fingiendo impertinencia.

— De modo que no ha hablado, ¿eh?

— No, señor...

— Condúzcame a su presencia, por favor.

— Con mucho gusto, señor.

Orglum echó a andar, precediendo al supuesto coronel. Atravesaron un corredor y entraron en un ascensor, que bajó una veintena de metros.

En la salida del ascensor había un centinela armado. Shadoo tomó nota del detalle.

Orglum caminó hasta una puerta de metal, que abrió con una llavecita que colgaba de su cuello por una cadena. Shadoo entró.

El corazón pareció querer detenérsele ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Durante unos segundos, se sintió invadido por una terrible náusea, al contemplar el cuerpo desnudo que pendía

del techo por las muñecas.

Los pies de Jirya quedaban a unos centímetros del suelo y goteaban sangre continuamente. Su piel había perdido la primitiva blancura y era toda roja ahora.

Shadoo también lo vio todo rojo, aunque supo dominarse. Parados en un lado del calabozo había dos yiffonitas, armados con algo que parecía cuchillos muy afilados.

— De modo que no ha hablado — dijo Shadoo, cuando, al fin, se hubo repuesto de la impresión sufrida al ver el torturado cuerpo de la muchacha.

— No, señor. Tiene una resistencia increíble:

Los labios de Jirya, tan dulces y cálidos en otros momentos, estaban ahora cubiertos de una espumilla sanguinolenta. Era fácil ver que estaba próxima a la agonía.

Jirya respiraba entrecortadamente. La cabeza le caía sobre el pecho y los cabellos ocultaban en parte su rostro.

Dominando el horror que le producía aquella estampa, Shadoo se acercó a la joven y pegó sus labios a la oreja izquierda. Su elevada estatura le permitía la acción sin dificultades.

— Jirya, soy Shadoo — bisbiseó —. Mi aspecto es un disfraz.

Los ojos de Jirya emitieron un débil chispazo. A Shadoo le pareció que sonreía.

Pero casi en el acto, su mentón golpeó contra el pecho. Shadoo observó que los flancos de la muchacha dejaban de moverse.

— Simula estar muerta solamente — mintió —. Deme su pistola, teniente.

— Sí, señor.

Orglum accedió sin más inconveniente, creyendo que el supuesto coronel iba a intimidar a la prisionera. En lugar de ello, Shadoo se volvió y empezó a tiros con los yiffonitas.

Sonaron unos chillidos de espanto. Momentos después, tres cuerpos humanos yacían por tierra.

— Al menos, no te vas sola al otro mundo, Jirya — dijo en tono ceñudo.

Se arrodilló junto a Orglum y le quitó un cargador de repuesto. Confiaba en que la puerta, insonorizada para evitar que salieran al exterior los gritos de las víctimas torturadas, hubiese absorbido también los estampidos de los disparos.

Salió del calabozo. El centinela le miró con asombro.

Shadoo estaba como loco. Dos disparos acabaron con el yiffonita, en cuya cara se dibujó el asombro que le producía verse atacado por su propio coronel.

Shadoo corrió hacia el caído y vio en su correaje un par de anticuadas bombas de mano.

— Les gusta el ruido — declaró con furia en su voz.

Y se encaminó hacia el ascensor.

* * *

Seguido de Vzinus, Syk Latt entró en el cuerpo de guardia con paso resuelto.

— Lo que no haya conseguido Orglum, lo conseguiré, yo — aseguró Syk Latt.

Los soldados se levantaron y saludaron. Vzinus preguntó por el teniente Orglum.

— Está abajo, con el coronel, señor — contestó uno de los guardias.

— ¿Qué coronel?—preguntó Syk Lat.

Vzinus se dio cuenta del asombro que aparecía en las caras de los soldados.

— No hay otro coronel que puede entrar aquí — dijo.

— El coronel Syk Latt entró hace unos minutos...

— ¡El coronel Syk Latt soy yo! — chilló el aludido—. ¿Cómo he podido entrar hace sólo unos minutos, si estoy aquí?

— Lo... lo siento, señor, pero el oficial que vino antes... Era usted mismo, no cabía duda...

Syk Latt y Vzinus cambiaron una mirada de sorpresa.

— Se trata de un truco, señor — adivinó el oficial.

— ¡Vamos, aprisa! —gritó Syk Latt—. Ese condenado coariano trata de rescatar a Jirya. Síganme, todos, pronto.

Diez o doce soldados se precipitaron tras los oficiales. En el mismo instante. Shadoo salía del ascensor y oyó el tumulto.

Shadoo no perdió tiempo en averiguaciones. Arrancó el seguro de una de las bombas y la lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Sonaron unos chillidos de pavor. Shadoo vio una ventana

próxima y se tiró de cabeza a través de ella, cayendo a un espacio cubierto de césped, justamente en el momento en que estallaba la bomba con fragoroso estruendo.

Una esquirla rajó la mejilla izquierda de Syk Latt, de cuyos labios brotó un aullido de cólera.

— ¡Mátenlo, mátenlo! — chilló, ebrio de ira.

La bomba, por fortuna para los yiffonitas, había quedado un tanto corta. Pero cuando el grupo de soldados reaccionó y se precipitó de nuevo en el corredor, otra bomba entró por la ventana que había servido para que escapara Shadoo.

El pelotón de yiffonitas retrocedió a la carrera, atropellando inmisericordiosamente a Syk Latt y su acólito, que rodaron por el suelo. Veinte o veintidós pies pasaron sin ninguna ceremonia por encima de sus cuerpos.

La confusión era enorme. Shadoo aprovechó la circunstancia para escapar.

Quinientos metros más adelante, tropezó con un vehículo de patrulla. Los dos ocupantes le saludaron con infinito respeto.

— Salgan — dijo Shadoo—. Necesito su coche.

— Sí, señor — contestaron los dos guardias a dúo.

En el mismo instante, sonó la radio:

— ¡Aviso a todas las patrullas! ¡Hay un impostor que se hace pasar por el coronel Syk Latt! ¡Debe ser localizado y abatido sin contemplaciones! ¡Está armado; es peligroso...!

Las miradas de los dos guardias se cruzaron con las de Shadoo. El coariano supo que había sido descubierto.

Actuó rápidamente, sin piedad. No tenía otra opción.

La gente que circulaba por las inmediaciones oyó varios disparos y vio caer a dos yiffonitas muertos. Luego, un hombre se apoderó del coche y lo hizo arrancar velozmente, perdiéndose en las alturas en pocos minutos.

CAPÍTULO XII

— Se me está ocurriendo una cosa — dijo Dlol I.

— ¿Interesante?—preguntó su otro yo, Dlol II.

— Creo que sí. Sí, espero que sea interesante.

— Bien, habla, te escucho.

— Mira, tú y yo somos uno, aunque estemos duplicados, ya sabes cuál es el motivo...

— No me hables; cada vez que pienso en ese maldito duplicador, se me pone la carne de gallina.

— Bien, a mí me pasa también lo mismo. Y, además, otra cosa no menos desagradable. En primer lugar, debes recordar que nos han ordenado "ser" hermanos gemelos. Tú te llamas ahora Drol y yo sigo llamándome Dlol.

— Un momento, un momento. ¿Quién es Drol y quién es Dlol? No es muy seguro que yo sea Drol, mientras tú dices seguir siendo Dlol...

— Drol, no me armes jaleos. Si tú quieres, yo seré Drol y tú Dlol, pero déjame seguir hablando, ¿entiendes?

—Está bien, habla, aunque... — el otro soltó una risita —. Esto me hace mucha gracia, Drol.

— ¿Qué es lo que te hace gracia, Dlol?—preguntó el otro malhumoradamente.

— Bueno, estamos hablando como si uno fuese la voz de la conciencia y el otro el ángel malo...

— ¿Tiene que ver eso algo con nuestra situación?

— Pues claro que sí. Somos dos cerebros físicamente, pero sólo uno en lo mental, ¿comprendes?

— Oh, no me vengas con líos, me voy a volver loco, Drol.

— Soy Dlol, recuérdalo, Drol.

— Está bien, está bien, como quieras. Pero a mí no me gusta esta

situación. No me importaría en absoluto si tuvieses una mente independiente, pero no es así, ¿comprendes?

— Te entiendo de sobra, aunque no sé adonde vas a parar, Drol.

— Pues es bien sencillo, estúpido. Si a ti no te gusta esta situación, ni a mí tampoco, hemos de procurar remediarlo, ¿no te parece?

— ¿Cómo, querido hermanito?

— Una máquina nos duplicó. La misma máquina, opino yo, podría realizar una operación análoga, sólo que a la inversa.

— ¿Quieres decir que si volvemos a meternos en aquel infernal artefacto volveremos a ser uno?

— Ya era hora de que me comprendieses, pedazo de idiota.

— Soy tu mitad de idiota. Tú eres mi mitad de listo — contestó el otro gemelo con sorna.

— Bueno, ya está bien. ¿Te parece que empecemos a buscar la máquina?

— Por mí, cuando quieras, Drol. ¿O te gusta más que te llame Dlol?

— ¡Llámame diablos! — contestó el otro muy sulfurado, mientras se dirigía hacia la puerta, dando grandes zancadas.

El otro continuaba riendo cuando franqueó el umbral, inmediatamente detrás de su doble.

* * *

Llamaron a la puerta. Shadoo se levantó para abrir, empuñando la pistola por precaución.

Una pareja apareció ante sus ojos. Él llevaba en la mano un pesado maletín.

— Hola, Shadoo — dijo Volx—. Te presento a mi prometida., Hallaea 0-0-B.

Shadoo miró a la muchacha y sonrió.

— Hola, Hallaea — contestó—. Encantado de saludarte. ¿Conoces a Carylia 0-0-A?

— He oído hablar de ella — manifestó Hallaea, acercándose a la aludida—. Celebro conocerte, Carylia.

— Encantada — sonrió la muchacha—. Volx, encuentro muy natural que te hayas vuelto loco por Hallaea.

Volx sonrió complacido. Hallaea se sonrojó.
— Le quiero con toda el alma — dijo sencillamente.
— En Coar-U viviréis tranquilos y sin complicaciones — aseguró Shadoo —. Traes el psicomóvil, a lo que veo, Volx.
— Así es. En cuanto me lo entregaron, fui a buscar a Hallaea. Nos vamos hoy mismo.
— El dinero está aquí — declaró Shadoo —. Pero tengo una duda, Volx.
— Dime — pidió el joven terrexita.
— El psicomóvil figura a tu nombre...
— Como toda la documentación y las fichas correspondientes. No hay peligro alguno en que lo uses.
Shadoo se volvió hacia Carylia.
— ¿No hay patrullas de control de psicomóviles? — preguntó.
— ¿Cómo se puede controlar una cosa que depende de la mente de cada cual? — replicó ella.
— Entiendo. Eso me tranquiliza por completo.
Shadoo tomó el maletín que contenía el psicomóvil. Luego entregó a Volx un paquete muy bien envuelto, con el dinero.
— ¡Feliz viaje! —deseó—. Iré a visitaros a mi regreso a Coar-U.
— Gracias — dijo Hallaea —. Nos parecerá mentira vivir en un mundo donde ciertas circunstancias no se tienen en cuenta.
— Tendréis que trabajar; es una consecuencia del empleo de dinero — advirtió Shadoo sonriendo.
— El trabajo no nos asusta — aseguró Volx—. ¿Vamos, Hallaea?
— Aguarda un momento — rogó la terrexita —. A mí también me asalta una duda.
— ¿De qué se trata? — preguntó Shadoo.
— Volx me ha hablado del dinero que le entregas a cambio del psicomóvil. Me ha explicado también la forma en que hiciste la reproducción de los billetes... pero al ser todos iguales, será también idéntica la numeración. Eso podría acarrearnos inconvenientes, ¿no crees?
Shadoo se echó a reír.
— Precisamente hice billetes de mil créditos — explicó —. No se usan sino en Coar-U y no se cambian en otros planetas. Puede decirse que son infalsificables y, por dicha razón, carecen de numeración. Sólo están numerados los billetes de mayor cuantía;

ésos sí tienen curso legal en otros planetas. Las sumas inferiores a mil créditos se especifican en moneda de otra clase…

— Suficiente — cortó Volx a la vez que tiraba posesivamente de su prometida—. Adiós, amigos.

Shadoo y Carylia se quedaron solos.

— Me siento conmovida — expresó la muchacha poco después.

— Sí, es un amor maravilloso — convino él—. Son dignos de envidia.

Hubo una pausa de silencio. Carylia carraspeó.

— Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora?—preguntó.

— En primer lugar, adquirir detalles acerca del lugar donde pueden hallarse los planes de invasión — contestó él.

— ¿Y después?

— Robarlos, naturalmente. Hay una tercera parte del plan, pero no la diré hasta el momento de ponerla en práctica. ¿Qué piensas hacer tú, Carylia?

— Aunque no me facilites más detalles, me gustaría saber que has conseguido los planes. Yo también tengo los míos.

— El departamento de Volx parece un escondite seguro. ¿Te parece que nos reunamos aquí dentro de veinticuatro horas?

— Excelente idea — aprobó la muchacha.

* * *

El portero que vigilaba la entrada de la sala de distracciones parpadeó al verse ante los yiffonitas absolutamente iguales. Drol se echó a reír al ver la cara que ponía el nativo.

— No te preocupes — dijo —; somos dos hermanos. No has tomado una copa de más.

— ¡Hum! Casi lo parece — rezongó el terrexita—. Está bien ¿qué es lo que quieren?

— Aquí trabajaba una chica llamada Jirya 9-0-I — dijo Dlol.

— Sí, pero hace días que no viene. No sé qué habrá sido de ella…

— Estará en casa de algún amigo íntimo. Tú debes conocer a sus amistades, ¿no es cierto?

— Hombre… — contestó el portero —. Hasta cierto punto, claro.

Drol sacó una pequeña grabadora y la puso en marcha.

— Dinos todos los nombres de los amigos de Jirya — solicitó.

Cinco minutos más tarde, Drol había registrado siete nombres, en algunos de los cuales tenía también su dirección.

— Gracias, amigo — se despidió del terrexita.

Y se alejó en compañía de su gemelo.

— Actuaremos por eliminación — dijo Drol.

— ¿Cómo? ¿Hemos de liquidar a todos esos terrexitas? — se asustó el otro.

— No seas tonto. Quiero decir que, si no está con uno, estará con otro... En alguna parte tiene que estar, ¿comprendes?

— Y ella nos dará la dirección del escondite del coariano.

— De grado o por fuerza — aseguró Drol ceñudamente.

* * *

Los bellos sueños del capitán Vzinus se vieron interrumpidos bruscamente cuando alguien encendió la luz de su dormitorio. Vzinus despertó torpemente y parpadeó varias veces para acostumbrarse al resplandor.

— ¿Qué... quién está ahí?—dijo con voz insegura.

Sonó una risita.

— ¿No se acuerda de mí capitán?

Vzinus se sentó de golpe en la cama.

— ¡Shadoo! — aulló.

— Yo mismo — rió el coariano —. Cuidado con los movimientos en falso; mire lo que tengo en la mano.

Vzinus contempló con ojos extraviados la pistola que le apuntaba directamente al pecho.

— Es la misma que arrebaté a un canalla llamado Orglum — dijo Shadoo—. ¿Se acuerda usted de él?

Vzinus se pasó una mano por la cara.

— Dígame qué es lo que quiere — habló con voz ronca.

— Sólo una cosa capitán: el lugar donde están guardados los planes de invasión de Coar-U.

— No existen tales planes...

¡BANG!

La pistola vomitó una llamarada. Vzinus lanzó un chillido de pánico al sentir el roce del proyectil en su cuello.

— Son ustedes paradójicos, capitán — dijo el joven —. Usan astronaves y psicomóviles, pero les encantan las armas antiguas. De todas formas — se tocó el lado izquierdo del pecho —, también tengo aquí una pistola desintegrante; es un arma más de nuestro tiempo.

Vzinus estaba lívido.

— No puedo contestar a su pregunta — dijo.

La boca del cañón apuntó a la frente del yiffonita.

— ¿Prefiere morir? — dijo Shadoo, inflexible.

— Si hablo, cometeré alta traición...

— La calificación de su delito me deja indiferente. Ya se las arreglará usted con sus jueces, pero antes, dígame dónde están esos planes de invasión.

Vzinus sudaba copiosamente.

— Detrás... detrás del despacho del coronel... hay una gran cámara acorazada — tartamudeó—. Allí están los archivos secretos...

— Supongo que los planes de invasión se hallarán en alguna carpeta, a la que se le ha dado determinado título. ¿Cuál es el título de esa carpeta?

— "O... operación Fagocito X».

Shadoo lanzó una sarcástica carcajada.

— Un nombre muy apropiado — calificó—. Eso es lo que hace Terrex con los demás planetas: los fagocita, los deglute, los engulle... Pero todavía no me fío mucho de ti: no estoy seguro de que me hayas dicho la verdad.

— ¡Sí, te lo juro! — chilló Vzinus espantado.

— Voy a comprobarlo — dijo Shadoo, impasible. Metió la mano en un bolsillo de su blusa y sacó algo que lanzó hacia su interlocutor—. Póntelo en la muñeca izquierda.

Vzinus vio una especie de reloj de grandes dimensiones, cuya esfera, sin embargo, era distinta de lo habitual. Dudó un momento, con miedo.

— Vamos, hombre, que no muerde — dijo Shadoo burlonamente.

CAPÍTULO XIII

Vzinus se colocó al fin el supuesto reloj en la muñeca.

— Aprieta el botón que sobresale — indicó Shadoo.

El yiffonita lo hizo así. En el mismo momento, notó una serie de pequeños pinchazos en la piel y lanzó un pequeño grito:

— ¿Qué es esto? — preguntó, temeroso.

— Un simple detector de mentiras — contestó el coariano—. Seis agujas han penetrado tres milímetros en tu piel. La esfera del aparato se iluminará en rojo si mientes.

— ¿No me electrocutará?

— Me gustaría que fuera así, caso de mentirme, pero no temas; mientras digas la verdad, la esfera permanecerá apagada.

— He hablado sinceramente...

— Eso es lo que quiero comprobar — atajó Shadoo, inflexible —. Dime el nombre de la carpeta donde están los planes de invasión de Coar-U.

— "Operación Fagocito XI".

— ¿Número?

— 44-E.

— ¿Situación?

— Tercer estante, derecha, mirando según se entra en la cámara acorazada.

— ¿Hay alguna trampa en el interior de la cámara?

— No; las trampas están en la puerta y se conectan desde la mesa del coronel Syk Latt.

— ¿Alguna fecha para la invasión?

— Eso ya no es cuenta mía, sino de la Junta de Jefes.

La esfera permanecía apagada. Shadoo se dio cuenta de que ya no tenía nada más que preguntar al yiffonita.

— Ah, sí, se me olvidaba — exclamó de repente—. ¿A quién se

le ocurrió la brillante idea de secuestrar a Jirya?

El semblante de Vzinus adquirió un sospechoso tono púrpura.

— El coronel... — titubeó.

La esfera se coloreó vivamente. Vzinus lanzó un aullido de pánico.

— Es lo mismo — dijo Shadoo —. No me importa quién haya sido el autor de la idea. Jirya era una buena chica. Además, demostró ser valerosa. Todo lo que tú no eres, ¡cerdo!

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Vzinus emitió un rugido de furor y se precipitó hacia una silla cercana, donde estaba su uniforme y, con él, el armamento.

Levantó la tapa de la funda y sacó una pistola. Cuando iba a tomar puntería, sintió un golpe en el pecho.

— Me imaginaba que ibas a hacer algo semejante — dijo Shadoo en tono glacial, mientras apretaba el gatillo del arma, hasta agotar la munición.

Se inclinó sobre el caído y le quitó la pistola que no había tenido tiempo de utilizar, cambiándola por la suya. Luego puso en marcha el psicomóvil y abandonó aquel lugar.

* * *

El despacho de Syk Latt estaba vacío. Era demasiado temprano para que el yiffonita acudiese al trabajo.

Detrás del sillón que ocupaba, había una pared de aspecto corriente. Shadoo sabía que al otro lado se hallaba la cámara acorazada, donde se guardaban los documentos más secretos del Alto Estado Mayor de los yiffonitas.

Buscar la entrada era una pérdida de tiempo inútil. Manejó una vez más el psicomóvil y pasó al interior de la cámara.

A fin de evitarse contratiempos, usó una lámpara portátil, en lugar de buscar el interruptor de la luz. No tardó en encontrar la carpeta señalada con las cifras 44-E.

Era una carpeta bastante voluminosa. Shadoo hojeó alguno de los documentos que contenía. Eran muy interesantes.

Había un grupo de hojas sueltas con una presilla metálica. Shadoo leyó una larguísima relación de nombres. Algunos de ellos le resultaban muy conocidos.

Cada nombre, tenía a la derecha, otro distinto, además de una cifra clave. Shadoo comprendió en el acto la vital importancia de aquellos documentos.

Tenía en su mano una relación de los agentes yiffonitas, dispuestos a entrar en acción apenas recibiesen la orden para ello. Era una poderosa "quinta columna", que facilitaría en gran manera la tarea de invasión.

Los otros documentos contenían los nombres y ubicaciones de los lugares más estratégicos de Coar-U incluso con planos y fotografías, así como con los números de las unidades que debían actuar en cada caso. Aun juzgando por encima, se apreciaba que los autores de los planes de invasión no habían omitido detalle.

— Alguien va a saltar cuando esto se haga público, y no es metáfora — se dijo, muy complacido.

Luego paseó la luz de la linterna a su alrededor.

Había unas largas hileras de estantes y archivadores. Muchos de ellos eran automáticos; enviaban sus informes a requerimiento de alguna computadora de información. Otros, en cambio, contenían anticuadas carpetas, como la que él tenía en las manos o bien cartuchos de cinta grabados con todo género de datos.

Shadoo había ido preparado para la eventualidad. Tenía en la mano un pequeño maletín y lo dejó en el suelo. Después de abrirlo, graduó la hora en una esfera de reloj que había en la tapa de la caja contenida en el maletín.

Apretó un botón rojo. Diez minutos más tarde, cinco kilogramos de "ultraterm", la poderosa sustancia térmica, que generaba temperaturas de millares de grados en décimas de segundo, entraría en ignición.

Una vez más, accionó el psicomóvil y abandonó el lugar, dirigiéndose a su escondite.

Carylia dormía apaciblemente. Estaba tendida de costado, con las piernas un poco recogidas, suelta su frondosa cabellera oscura sobre la almohada.

Shadoo le dio una palmada en el punto más carnoso de su anatomía. Carylia despertó sobresaltada.

— ¡Ay!

— ¡Vamos, arriba! — dijo Shadoo de buen humor—. Hay que desayunar, preciosa.

Ella miró asombrada la gruesa carpeta que Shadoo tenía bajo el brazo.

— Lo has conseguido — exclamó.

Shadoo contestó con un guiño.

— Vzinus se mostró cooperador — respondió.

Carylia saltó de la cama instintivamente, pero regresó corriendo para taparse de nuevo, al darse cuenta de que carecía de todo atavío.

— Sal de aquí — ordenó, extendiendo un brazo de mórbidos contornos—. Tengo que vestirme.

Shadoo lanzó una alegre carcajada.

— Espero en la habitación de al lado — indicó.

* * *

Había un sombrío furor en la cara de Syk Latt cuando, extinguido el incendio, pudo contemplar los resultados de la catástrofe.

— Todos los archivos destruidos — murmuró.

Un técnico se le acercó, informándole de que, en algunos puntos, la temperatura había debido de sobrepasar los seis mil grados centígrados.

— Hasta los metales se han fundido, coronel — dijo.

Lo que quedaba de los archivos podía ir a la basura.

Los delicados mecanismos de las consultoras automáticas eran informes lingotes de metal; el aislante y el papel no eran sino cenizas y, en cuanto a las cintas grabadas, cuyo número era incalculable, se habían convertido también en humo.

Los técnicos discutían acerca de las posibilidades del disparo accidental de alguna de las trampas instaladas en la puerta de la cámara acorazada. Syk Latt sabía que no era así.

Abandonó aquel lugar que, para mayor escarnio, hedía espantosamente, y volvió a su despacho.

— Comunicación con el capitán Vzinus — pidió a través del interfono.

Momentos después, le anunciaban la falta de respuesta del videófono de Vzinus. Syk Latt ordenó que una patrulla acudiese a investigar al domicilio del capitán.

Diez minutos más tarde, recibía una respuesta poco consoladora:

— El capitán Vzinus está muerto, señor. Asesinado de varios balazos.

Syk Latt se derrumbó sobre su sillón, crispando los puños de rabia.

— Ha sido él — gimió—. El maldito coariano...

De pronto, se enderezó. Que Shadoo era el autor de la destrucción de los archivos, no cabía la menor duda. Pero, ¿cómo había podido entrar en un lugar tan férreamente guardado?

Una idea se infiltró en su mente. Shadoo sólo había podido utilizar un medio para entrar en la cámara. ¿Quién le había proporcionado un psicomóvil?

Se acercó al interfono y dijo:

— Orden de urgente prioridad para todas las unidades de orden público: Es preciso buscar y capturar a cualquier precio al llamado Shadoo Urv, ciudadano de Coar-U. Se le necesita vivo... pero si se resiste a la captura, disparen contra él.

* * *

— Bien — dijo Carylia, después del desayuno —, ¿cuál es tu plan, Shadoo?

La mano del joven señaló cierto maletín que había en el suelo, a poca distancia.

— Ahí tengo el duplicador — contestó.

— ¿Y...?

— Tú ya sabes los beneficios que proporciona el duplicador. En Terrex hay numerosas embajadas planetarias. Cada una de ellas recibirá una carta completa, con los planes de invasión a Coar-U, aparte, naturalmente, de mi propia embajada.

— Ya entiendo.

— Decenas, tal vez cientos de emisoras de televisión, en muchos planetas, airearán esos planes. Imagínate el resto.

Carylia hizo un gesto aprobador.

— No somos buenos los terrexitas — dijo —, a pesar de todo lo que autoelogiamos nuestro sistema de vida. Sí, es cierto que no se usa la moneda y que todo es gratuito, pero... ¿a costa de qué, Shadoo? Resulta paradójico que, mientras nosotros subyugamos a

un sinnúmero de planetas, que nos proporcionan cuantos necesitamos, a fin de poder vivir una existencia paradisíaca y sin apenas esfuerzo, estemos sujetos al capricho y a las decisiones de quienes, en apariencia, son nuestros servidores. Me refiero a los yiffonitas, claro.

— Te comprendo perfectamente — respondió Shadoo —. Pero éste es un sistema de vida elegido por vosotros y sólo vosotros podéis cambiarlo. Al menos, en el interior de Terrex... el planeta sucesor de la antigua Tierra, que dominó y subyugó a la mayor parte de los mundo habitados de la Galaxia.

— Somos dignos herederos de los terrestres — suspiró Carylia —. También ellos llegaron a su cénit de poderío y se hundieron, al derrumbarse su imperio. Ahora, la Tierra es un planeta pobre y mísero...

— Será mejor que no hablemos del pasado, que no soluciona nada — aconsejó él—. ¿Qué piensas hacer, Carylia?

— Por mi estirpe, tengo derecho a hablar ante la Tetrarquía, en los días de reunión — contestó la muchacha orgullosamente—. Expondré la situación...

— ¿Y crees que resolverás el problema de golpe?

Carylia le miró extrañada.

— ¿No lo crees tú así? — dijo.

Shadoo hizo un gesto negativo.

— Mira, Carylia, procura ser sensata — respondió —. No se cambia un sistema políticosocial de la noche a la mañana; no es tan fácil como parece y no lo cambiarás con cuatro frases altisonantes y bienintencionadas, que serán calificadas de demagógicas por más de uno... por muchos, en realidad. Lo que importa es despertar la conciencia ciudadana y ésta se encuentra adormecida, por una existencia de siglos llenos de bienestar. No me opondré a que hables ante los Tetrarcas...

— Esas reuniones son públicas y se televisan. Me oirán cientos de millones de personas — alegó Carylia.

— Tanto mejor. De este modo, podrás hacer ver a tus paisanos que, en realidad, están en manos de los yiffonitas. No esperes, sin embargo, e insisto en ello, que las cosas cambien de la noche a la mañana.

— Algo conseguiré, ¿no crees?

Shadoo sonrió, a la vez que daba una palmadita en la mano de la muchacha.

— Está bien — dijo—. Siempre es bueno que la gente oiga unas cuantas verdades, que hasta ahora se le habían tenido ocultas. ¿Puede la Tetrarquía rescindir el pacto con los yiffonitas?

— Opino que sí, aunque esto es más bien cuestión de los juristas...

— Y de que los yiffonitas tienen el poder armado.

Hubo un momento de silencio. Luego, Carylia, lentamente, dijo:

— Entonces, ¿no se puede hacer nada, Shadoo?

— Habla con la Tetrarquía — respondió él —. Ya encontraremos un medio de salir de esta situación.

Shadoo se puso en pie.

— Y ya es hora de hacer trabajar el duplicador. Al menos, medio centenar de embajadas recibirán hoy los planes de invasión de Coar-U.

* * *

El Tercer Tetrarca de Terrex recibió el anuncio de la visita del embajador coariano. El mensajero encareció la urgencia de dicha visita, y el Tercer Tetrarca, encargado de las relaciones con otros planetas, accedió a ello, tras una rápida consulta con sus colegas.

Minutos más tarde, el embajador coariano entraba en el despacho del terrexita. Tras los saludos de rigor, el coariano dejó una gruesa carpeta sobre la mesa del Tetrarca.

— ¿Qué es esto?—preguntó el terrexita extrañado.

— Los planes de invasión de Coar-U, por fuerzas yiffonitas, a las órdenes del gobierno de Terrex. Debo significar a su Excelencia, que un duplicado de todos los documentos de esa carpeta, viaja ya hacia Coar-U, en donde se tomarán las medidas necesarias para repeler la invasión, caso de que ésta llegue a producirse.

El terrexita se sentía anonadado. Le habían informado de cierto incendio ocurrido en los archivos del Alto Estado Mayor yiffonita y ahora comprendía lo ocurrido.

— Cincuenta embajadas más han recibido sendas carpetas idénticas a ésta —siguió el coariano, inflexible—. Esos planes de invasión se harán públicos en toda la galaxia, corroborándose de

este modo la impresión que se tiene de Terrex como un planeta gobernado por una pandilla de imperialistas sin escrúpulos. Pero todavía hay más, Excelencia.

El embajador hizo una corta pausa antes de anunciar:

— Es de suponer que la Tetrarquía cancele ese plan de invasión. De lo contrario, apenas se ponga en marcha, una bomba total, ya en trance de situarse en órbita sobre Terrex, será disparada y este planeta desaparecerá de las cartas galácticas.

CAPÍTULO XIV

A Shadoo le divertía mucho el tonillo entre petulante y lleno de vehemencia de la muchacha.

Carylia estaba hablando ante los cuatro Tetrarcas, asistidos éstos de su corte de ayudantes y altos funcionarios. La reunión, como de costumbre, cuando se trataban temas sin gran trascendencia, era televisada públicamente.

— Pero ninguno se esperaba el petardo que les está disparando ella —se dijo Shadoo, mientras Carylia continuaba con su apasionado alegato.

El asombro de los Tetrarcas era evidente. Shadoo observaba a la gente que tenía a su alrededor y también veía caras asombradas. Estaba en un lugar donde se expendían comidas, ya que en el departamento de Volx, debido a lo bajo de su clasificación social, no había televisor.

— Y no es ya el hecho de que hayamos conquistado otros planetas, bajo el especioso pretexto de mejorar sus condiciones de vida, aumentar su grado de civilización o, simplemente, protegerles de otros supuestos gobiernos ambiciosos, argumentos que encubren una ruinosa explotación de las riquezas de esos planetas conquistados, a fin de conseguir que Terrex no deje de ser un paraíso. Este hecho, con ser reprobable, tiene, para un terrexita, casi menos importancia que el hecho de que estemos sujetos a los yiffonitas...

— Perdone la declarante — dijo uno de los Tetrarcas, interrumpiendo a la muchacha—. ¿Trata usted de sugerir que estamos sometidos a los yiffonitas?

Carylia sonrió desdeñosamente.

— Excelencia, ellos tienen las armas — contestó —. ¿Qué tenemos nosotros? Un papel en el que consta que los yiffonitas

deben obedecernos. Bien, de acuerdo, un pacto es un pacto, pero ¿qué haríamos nosotros si ellos lo incumplieran? ¿Por qué medios les obligaríamos a cumplirlo? Y si queremos romperlo nosotros, ¿cómo les haremos salir de Terrex? ¿Con las manos? ¿A gritos?

— Debo advertir a la declarante que hay soldados de otros planetas que tomarían muy a gusto el puesto de los hombres de Yiffon + B.

— Llámenlos sus Excelencias. Díganles que ellos desempeñarán en lo sucesivo el papel que ahora tienen los yiffonitas. Díganme sus Excelencias cómo harán que los hombres de Yiffon + B recojan sus trastos y se vayan sin más, abandonando el suculento banquete que Terrex y sus planetas conquistados supone para ellos.

Shadoo sonrió satisfecho. Los Tetrarcas se mostraban visiblemente desconcertados.

El Primer Tetrarca dijo:

— Los yiffonitas son hombres de honor. Jamás incumplirían su contrato...

— No lo dudo, pero, aunque así sea, yo prefiero la libertad y la independencia de mi planeta y la amistad con otros mundos de la galaxia. Los yiffonitas, en Yiffon+B, que es su casa, y nosotros, en la nuestra.

Sonaron algunos gritos de aprobación entre los espectadores.

— ¡Bravo, muchacha!

— ¡Así se habla!

— Cada cual en su planeta...

Algunos gritos eran proferidos en la sala de reunión de la Tetrarquía. Shadoo vio a los hombres del gobierno visiblemente incómodos.

— La ruptura del contrato nos acarrearía gravísimos inconvenientes — alegó el Primer Tetrarca —. Las convulsiones sociales serían tremendas...

— Es preciso afrontar el futuro con serenidad Excelencia — dijo Carylia, sin abandonar su tono de vehemencia—. Nadie pide que el cambio se realice de la noche a la mañana. Lo que resulta preciso es empezar ya a tomar las medidas necesarias para ello.

— Y ¿qué medidas sugiere esta linda aprendiz de político? — preguntó burlonamente uno de los Tetrarcas.

— En primer lugar, abandonar las ideas imperialistas y

expansivas. Se sabe, aunque no se haya hecho público, que Coar-U está enterado de los planes de invasión realizados en Terrex, por fuerzas yiffonitas, claro está. Pero también se debe conocer la respuesta de Coar-U, para el caso de que esos planes se lleven a cabo. Coar-U no sólo está dispuesto a defenderse, sino que, en el momento en que se inicie la invasión, disparará una bomba total y Terrex desaparecerá por completo. ¿Quiere esa Tetrarquía arrastrar a la muerte a varios miles de millones de seres inocentes?

La respuesta de la muchacha causó una tremenda sensación. Los Tetrarcas parecías abrumados, no porque no conocieran ya la respuesta de Coar-U, sino por el hecho insólito de su divulgación en una reunión que creían iba a ser de puro trámite.

Hasta entonces los Tetrarcas habían admitido las quejas y reclamaciones de sus súbditos, principalmente de las clases altas. Pero eran asuntos personales, sin mayor interés para los demás.

Era la primera vez que un asunto de Estado se debatía en público. Los Tetrarcas se imaginaban fácilmente cuál sería la reacción del público.

— Las tesis expuestas por la declarante necesitan, no sólo comprobación, sino una ulterior discusión, matizada y detallada — dijo el Primer Tetrarca bruscamente—. Por tanto, se levanta la sesión.

La imagen se cortó. Shadoo empezó a pensar en buscar un sitio donde reunirse con Carylia.

* * *

El coronel Syk Latt tenía un nuevo ayudante: Unmaur. Los dos habían escuchado todo cuanto se había hablado en la reunión de la Tetrarquía.

— El asunto se pone feo, señor — dijo el capitán Unmaur.

Syk Latt asintió.

— Es cierto — convino —. Tarde o temprano, tendremos que replegarnos a Yiffon + B.

— Somos fuertes, estamos bien armados, reina una disciplina total...

— Unos argumentos indiscutibles, capitán, pero si la voluntad popular de Terrex evoluciona en contra de nosotros, no tendremos

escapatoria.

— ¿Cómo?

— ¿Cuántos yiffonitas estamos en Terrex? ¿Tres millones? Ellos son miles de millones. Están desarmados, no tienen experiencia de combate..., pero que los setenta y siete dioses de la Segunda Galaxia me libren de una guerra de guerrillas. Tardaríamos diez, cincuenta, acaso cien años..., pero acabaríamos siendo derrotados. Y no olvidemos tampoco la posibilidad de que la Tetrarquía llame en su auxilio a fuerzas de otros planetas.

— Entonces, ¿debemos abandonar Terrex?

— Unmaur, un jefe de Estado Mayor debe tener previstas todas las eventualidades — dijo Syk Latt, repentinamente humanizado—. No nos iremos mañana de aquí..., pero conviene que empecemos a pensar en ello. Conviene que Yiffon + B empiece a pensar en convertirse en un planeta de agricultores y de industriales y abandonar la profesión de guerrero. Y cuanto antes empecemos, será mejor para todos. Las cosas, ciertamente, no cambian de la noche a la mañana..., pero en algún momento debe iniciarse el cambio.

Unmaur se quedó callado. De pronto, se oyó un leve zumbido.

El oficial alargó la mano y dijo:

— Despacho del coronel Syk Latt. Hable.

— Se han recibido informes sobre la pareja señalada—dijo una voz masculina—. El escondite está en la Cuarta Alineación, Séptimo Nivel, departamento 38 E.

Syk Latt se puso en pie de un salto.

— ¡Magnífico!—exclamó—. ¿Están ellos en ese departamento?

— No, señor, pero lo vigilamos...

— Sigan vigilando; yo, en persona, iré a detenerlos.

— Sí, coronel.

Unmaur cerró la comunicación. Syk Latt le miraba con ojos brillantes.

— Capitán, antes he dicho que un día u otro tendremos que irnos de Terrex — exclamó—. Antes de que eso suceda, quiero dejar zanjado un asunto que me preocupa desde hace muchos días. Y, en realidad, se trata de un acto de justicia.

— Me agradaría acompañarle, señor — manifestó el ayudante.

— No hay objeción — accedió Syk Latt, sonriendo.

* * *

Había un par de guardias vigilando la puerta del edificio. Drol y su doble se detuvieron a la entrada.

— ¿Qué pasa?—preguntó Drol.

— Estamos esperando al coronel Syk Latt—contestó uno de los guardias.

— Van a subir al departamento 38 E — añadió el otro.

Drol y Dlol cambiaron una mirada de inteligencia.

— Nosotros vamos al 12 C — dijo el primero.

— Unos informes de rutina — mintió Dlol.

Y entraron en la casa.

Los guardias estaban perplejos.

— Nunca había visto unos tipos tan parecidos — comentó uno.

— Sí diríase que los han hecho con molde — rió su compañero.

Mientras, la pareja de gemelos subía en el ascensor hasta el Séptimo Nivel. Salieron al pasillo y buscaron la puerta señalada con la cifra 38 E.

— Buen escondite — elogió Dlol.

— ¿Estará aquí el duplicador? — dudó el otro.

— Vamos a probar ¿no?

Dlol abrió la puerta. Entró en el departamento y empezó a buscar por todas partes. Dlol le secundó con todo entusiasmo.

De súbito, Dlol lanzó una alegre exclamación:

— ¡Ah, aquí está!

Drol corrió hacia su gemelo. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios al ver el maletín.

— Vamos, ponlo en funcionamiento — dijo—. Tengo unas ganas locas de ser de nuevo uno solo.

Dlol se arrodilló y abrió el maletín. Tanteó con los dedos y, de repente, se oyó un leve chasquido.

Saltó hacia atrás. El duplicador se corporeizó en escasos segundos.

— Bueno — dijo Drol—, ya lo tenemos. Y ahora, ¿cómo diablos funciona este trasto?

— Yo diría que... si entramos por delante y salimos por atrás, ahora, para convertirnos en uno solo, deberíamos repetir la

operación, pero a la inversa — calculó Dlol.

— No es mala idea — aprobó el otro —. Ahora queda un problema en pie: ¿cuál de los dos entra el primero?

— Lo mismo da, ¿no crees?

Hubo un momento de silencio. Dlol y Drol se miraban recíprocamente y ambos tenían el mismo pensamiento: "Si yo entro primero, seré yo y no él."

* * *

— Esperaremos en casa de ese Volx todo el tiempo que sea preciso — afirmó el coronel Syk Latt—. Quiero estar presente cuando regresen, a fin de darles la bienvenida personalmente.

Unmaur hizo un gesto de aprobación. El ascensor llegó al término de su viaje y el oficial se hizo a un lado respetuosamente, para que su jefe pudiera salir primero.

Shadoo y Carylia le habían causado graves perjuicios. Posiblemente, no se repondría jamás..., pero ellos lo iban a pasar mucho peor todavía.

— Lo único que siento es no disponer de tiempo para someterlos al tormento de las mil muertes; pero con que mueran bien de una sola vez tendré más que suficiente — masculló, en el momento en que empujaba la puerta del departamento de Volx.

Los ojos de Syk Latt contemplaron entonces una curiosa escena. Había allí dos yiffonitas de idéntico aspecto en todos los sentidos, uno de los cuales estaba a punto de entrar en un curioso armario situado en el centro de la sala.

— Yo entraré primero — decía Dlol en aquel momento, de espaldas a la puerta posterior del duplicador y parcialmente bajo su dintel—. Tú me seguirás..., si te parece bien.

— ¡Qué remedio! — suspiró Drol —. Anda, termina de entrar de una vez.

— ¡Eh, vosotros! —gritó Syk Latt—. ¿Qué diablos hacéis ahí?

Drol miró hacia la puerta y emitió una gruesa interjección.

— ¡El coronel! ¡Adentro, tú, rápido!

Y empujó con una mano a Dlol, mientras que, con la otra, disimuladamente, sacaba el revólver.

Dlol retrocedió. Drol cerró la puerta. "Le pegaré cuatro tiros y

cuando salga no habrá más que uno: Yo."

Y apretó el gatillo, pero sólo la primera vez, porque ya no tuvo tiempo de hacerlo la segunda.

Syk Latt y Unmaur vieron brillar un enorme resplandor y sintieron un terrible calor, pero no oyeron ningún ruido. No podían oírlo, porque se habían vaporizado en décimas de segundo.

* * *

Carylia volvía a casa de Volx, cuando, de pronto, sintió que una mano la sujetaba por la muñeca.

— No sigas — oyó la voz de Shadoo.

Carylia volvió la cabeza y le miró con gesto inquisitivo.

— Syk Latt acaba de entrar en el edificio — continuó el joven—. He tenido la fortuna de no tropezarme con él, sólo por unos pocos segundos.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó ella, angustiada.

— Buscaremos otro escondite. Hasta que los yiffonitas no dejen de encargarse de la cuestión de orden público, tendremos que estar todo el tiempo con los ojos bien abiertos. Claro que, disponiendo de nuestros psicomóviles, tendremos algunas ventajas...

Shadoo no pudo continuar. Arriba, en el Séptimo Nivel, se vio de repente un enorme fogonazo.

Toda la parte superior del edificio eructó, como convertida inesperadamente en un volcán. El estrépito resultó ensordecedor.

Shadoo agarró a la muchacha y tiró de ella para acogerse ambos a la protección de un portal cercano, a fin de evitar los numerosos cascotes que llovían de las alturas. En la calle todo era confusión y desconcierto.

Momentos después Shadoo miró hacia arriba. Al ver los resultados de la explosión, supo que en lo sucesivo ya no tendría más preocupaciones por culpa de Syk Latt.

* * *

— Alguien manejó inadecuadamente mi duplicador — explicó Shadoo, dos días más tarde —. Según las investigaciones, se hizo un disparo con un revólver corriente, pero cargado con proyectiles

térmicos. El disparo provocó una temperatura elevadísima que fundió los circuitos de conexión con el campo espaciotemporal en que ordinariamente permanecía el duplicador. Fue como si hubiesen querido empequeñecer el aparato a la fuerza..., lo cual provocó una brusca ruptura de ese campo.

— Y la explosión — dijo Carylia.

Shadoo movió la cabeza afirmativamente.

— Así ocurrieron las cosas — confirmó —. He averiguado, además, que había dos yiffonitas idénticos, como hermanos gemelos. Por lo que puedo deducir, no eran sino un yiffonita reproducido por mi máquina y, opino yo, debían de sentirse incómodos y quisieron convertirse de nuevo en uno solo. Eso desencadenó la catástrofe, como motivo básico.

— Te has quedado sin duplicador, Shadoo.

— No importa; hay más en Coar-U. Además, y esto es lo importante, tengo un psicomóvil. Es decir, si no te opones a que me lo lleve...

Carylia sonrió maliciosamente.

— ¿Sólo te llevarás el psicomóvil?—preguntó.

— Quizá Coar-U no te guste. Hay que trabajar, se usa la moneda, hay impuestos...

— ¿Estarás tú allí, Shadoo?

— Por supuesto, Carylia.

— Entonces creo que me gustará Coar-U.

Shadoo pasó un brazo sobre los hombros de la muchacha.

— Has hecho una buena labor — dijo —. No te vayas a creer que el sistema de Terrex cambiará de la noche a la mañana, ni siquiera hay que esperar modificaciones sustanciales en los próximos años. Pero es bueno que la gente empiece a tomar conciencia de la situación. Has dado un paso muy pequeño, no cabe duda; sin embargo, nunca se emprende la marcha sin dar el primer paso. ¿Comprendes?

Carylia apoyó su cabeza en el pecho del joven.

— Te entiendo perfectamente — respondió —. ¿Cuándo damos nosotros el primer paso de nuestra situación privada? — preguntó.

— Ahora mismo — respondió él—. Ajusta tu psicomóvil en las coordenadas del astropuerto. Dentro de media hora sale una astronave rumbo a mi planeta y ya tengo preparados dos pasajes

para Coar-U.

—Sabías que yo iría contigo — dijo Carylia.

Shadoo se echó a reír.

— Lo presentía — contestó simplemente.

F I N